

Spring 2016

Anyar

María Paula Sendoya Mejía
University of Iowa

Copyright © 2016 María Paula Sendoya Mejía

This thesis is available at Iowa Research Online: <https://ir.uiowa.edu/etd/6280>

Recommended Citation

Sendoya Mejía, María Paula. "Anyar." MFA (Master of Fine Arts) thesis, University of Iowa, 2016.
<https://doi.org/10.17077/etd.0mlfctib>

Follow this and additional works at: <https://ir.uiowa.edu/etd>

Part of the [Spanish and Portuguese Language and Literature Commons](#)

ANYAR

by

María Paula Sendoya Mejía

A thesis submitted in partial fulfillment
of the requirements for the Master of Fine Arts
degree in Spanish Creative Writing in the
Graduate College of
The University of Iowa

May 2016

Thesis Supervisor: Associate Professor Ana Merino

Copyright by
MARÍA PAULA SENDOYA MEJÍA
2016
All Rights Reserved

Graduate College
The University of Iowa
Iowa City, Iowa

CERTIFICATE OF APPROVAL

MASTER'S THESIS

This is to certify that the Master's thesis of

María Paula Sendoya Mejía

has been approved by the Examining Committee for
the thesis requirement for the Master of Fine Arts degree
in Spanish Creative Writing at the May 2016 graduation.

Thesis Committee:

Ana Merino, Thesis Supervisor

Luis Muñoz, Advisor

Horacio Castellanos

A Sebastián, a mis padres y a mis hermanas

ACKNOWLEDGEMENTS

A Ana Merino, Luis Muñóz y Horacio Castellanos por sus enseñanzas, lecturas y comentarios.

A mis compañeros del MFA por sus consejos, por las conversaciones y la compañía. Siento que he hecho muy buenos amigos.

A la Universidad de Iowa y el Departamento de Español por estos dos años de crecimiento. Siempre estaré agradecida.

A Sebastián que siempre ha estado dispuesto a ayudarme, a leer mis textos y moverme comas y tildes. Tengo mucha suerte de tener a mi lado a un lector, traductor y editor tan talentoso y dedicado.

A mis padres y a mis hermanas por impulsarme a tomar la decisión de venir a Iowa. Gracias por su apoyo y su amor.

PUBLIC ABSTRACT

Anyar is a twelve-year-old girl who gets pregnant after having a fleeting relationship with the first man she ever loved. Consequently, she has to face the reaction of her family and the pressure of the society that she belongs to. This book is an account of her pregnancy, narrated by Anyar herself through an internal dialogue that drives the reader to immerse in her feelings, fears, and insecurities.

The story takes place in the fictional region of Atim, named after the river that runs across it, upon which dwells a nomadic community; its members call themselves as the River People.

TABLE OF CONTENTS

PREFACE.....	vi
ANYAR	1
CAPITULO I	2
CAPÍTULO II.....	12
CAPÍTULO III.....	15
CAPÍTULO IV.....	20
CAPÍTULO V.....	24
CAPÍTULO VI.....	30
CAPÍTULO VII	43
CAPÍTULO XIII.....	48
CAPÍTULO IX.....	51
CAPÍTULO X.....	56
CAPÍTULO XI.....	62
CAPÍTULO XII	66
CAPÍTULO XIII.....	71

PREFACE

Hace un par de años vi un documental en el que mencionaron a los bedes, una comunidad nómada de Bangladés. Los mostraron en las balsas rústicas hechas de madera que utilizan para pescar y en las que muchos de ellos también viven. Recuerdo que había unos niños jugando en el río y una mujer los miraba desde la balsa. Pensé que la relación de estas personas con el río era muy estrecha, como una simbiosis. Viven en el río y viven del río. Hablaron de ellos solo por unos minutos, pero yo me quedé dándole vueltas a las mismas ideas: ¿Qué es el río para los bedes? ¿Qué se siente vivir rodeado de agua? ¿Si el entorno socioeconómico modifica la conducta humana, puede ser el ecosistema, la naturaleza, otro factor determinante?

Empecé a leer sobre los bedes sin intención de escribir al respecto. Los imaginaba encantando serpientes, buscando perlas en el fondo del agua o vendiendo talismanes y hierbas medicinales mientras viajaban de pueblo en pueblo por los ríos de la región. Pero también los imaginaba aguantando hambre, pidiendo limosna en Dacca o hacinados en una balsa, sin acceso a agua potable ni educación.

Los bedes usan el agua del río para bañarse, lavar los platos y en ocasiones, debido a la escasez de agua potable, no les queda otra opción que beberla. En consecuencia, los parásitos y enfermedades estomacales son frecuentes en la comunidad. Además, deben lidiar con el rechazo y vivir en condición de marginales. De hecho, solo hasta el 2008 les fue otorgado el derecho al voto.

Un día mientras descansaba en el sofá de mi casa me pasó por la cabeza una idea bastante absurda. Imaginé a los bedes adaptándose por completo al río; mutando para vivir bajo el agua y no depender de nada externo. Lo anoté en mi celular y después escribí un cuento mediocre de dos páginas pensando que después, cuando tuviera más tiempo, volvería al texto. En esa época estaba escribiendo una novela con la que pensaba presentarme a la maestría de escritura creativa de la Universidad de Iowa, así que no quería distraerme con otros textos.

En Iowa seguí escribiendo la misma novela con la que me presenté; pero mientras la escribía, la historia de estos *hombres de río* seguía creciendo en mi cabeza. Pensé que quizás la podía integrar a la novela en un viaje que Felipe y Mila (los protagonistas) hicieran a Copacabana, Bolivia o a Puno, Perú. Ya antes había querido escribir sobre el altiplano andino; he estado allí un par de veces y siento un cariño especial por la región. Copacabana es un pueblo pequeño a orillas del lago Titicaca, en el que los indígenas de la región, los uros,

tienen islas flotantes, en las que algunos de ellos viven. Prefería escribir sobre los uros que sobre los bedes porque al menos los he visto y los siento más cercanos a mí, así sea solo geográficamente.

Mientras leía sobre los indígenas del Titicaca hice varios intentos de escribir pero no me sentía cómoda. Decidí que no podía hablar de una cultura tan diferente a la mía hasta no vivir un tiempo en ella o al menos conocer verdaderamente a alguien de esa comunidad. Casi me había olvidado del tema cuando vi que entre los cursos del departamento de Antropología que se ofrecían para la primavera del 2015 (mi segundo semestre de maestría) había uno que podría ayudarme a encontrar una solución. Inmediatamente me inscribí; se llamaba *Fictionalized Ethnography in Literature and Film*. El curso fue magnífico. Aprendí sobre las diferencias entre una etnografía y una novela etnográfica y analizamos en clase varias novelas etnográficas, incluyendo *Things fall apart* de Chinua Achebe. Para mi proyecto final contrasté *El hablador* de Mario Vargas Llosa con *Families of the Forest: The Matsigenka Indians of the Peruvian Amazon*, una etnografía de Allen W. Johnson. Quería ver qué tanta información etnográfica sobre los Machiguengas, una etnia de la amazonía peruana, había en la novela de Vargas Llosa.

Durante ese semestre, gracias al conocimiento que estaba recibiendo, me di cuenta de que lo que yo quería escribir no era una

novela etnográfica; comprobé que nunca me iba a sentir cómoda escribiendo sobre otra cultura desde la lejanía. Entonces tuve la idea de crear una comunidad ficticia que me permitiera escribir sin miedo a representar equivocadamente una cultura a la que no pertenezco. Con esto en mente, empecé a escribir. Retomé la imagen de los bedes porque fue en esta comunidad en donde originalmente me imaginé la historia. Decidí conservar algunos elementos estéticos y ciertos rasgos generales de este grupo. No quería inventar otro mundo. Quería que el lector asociara la comunidad y la geografía en mi narración con el sur de Asia, pero que no pudiera determinar nada más. Creé una cultura, una mitología y un lenguaje a partir de eso. Por supuesto, todavía tengo que seguir trabajando en ello.

A pesar de haber tomado las precauciones que tomé, sigo temiendo que mi novela resulte ofensiva para alguna cultura. Siento náuseas cada vez que oigo el término exotismo porque temo que mi texto pueda ser señalado. También soy consciente de que escribí sobre la pobreza desde una posición privilegiada. No tengo mucho que decir al respecto; la elección del escenario fue completamente instintiva. Fue allí donde me imaginé la historia mientras descansaba en mi sofá.

Sé que no debo preocuparme por las interpretaciones, menos aún si nunca he publicado, y lo más posible es que este texto solo lo lean conocidos míos; pero me cuesta no hacerlo. Los derechos de las

minorías y la inequidad social y económica son temas que me importan. He dicho varias veces que tengo un corazón demasiado politizado y a causa de ello suelo enfrascarme en dilemas morales que detienen mi escritura.

Por otro lado, mantener la verosimilitud de la historia en unas circunstancias tan diferentes a mi cotidianidad también ha sido una lucha constante. Nunca había escrito sobre un lugar que no conozco y mucho menos sobre uno inexistente. Tampoco había usado como narrador a una niña y constantemente tenía que preguntarme si los pensamientos y las conductas de Anyar correspondían a su edad. Intenté crear un mundo “mágico” que le sirviese de refugio a la protagonista; esto ha sido lo más difícil y todavía no estoy segura de querer mantenerlo.

Este texto ha sido un gran reto para mí y lo he odiado por momentos; pero también me ha dado muchas satisfacciones. La historia de Anyar me ha permitido hablar sobre temas que siempre había querido abordar. Escribí esta historia porque me gustaba y quería llegar al final; no obstante, tenía objetivos concretos. Entre otros, quería que el lector reflexionara sobre el trato que se le da a la mujer, en especial a las niñas, en su propia familia. No me cabe duda de que la infancia determina en gran medida lo que somos.

Aunque a veces Anyar cuestiona la conducta de sus padres y el rol que ocupa en su familia y en la comunidad como mujer, no es una reaccionaria ni una heroína feminista; es una niña que ha crecido en un contexto y una familia particulares de los cuales no puede escapar. Me interesa plasmar el dolor que producen los señalamientos y los castigos a los que Anyar es sometida. Quiero que el lector se indisponga con su sufrimiento para que lo dimensione, para que evalúe la razón del castigo y el castigo en sí: ¿es proporcional? ¿es eficaz? ¿es justo?

La familia es un elemento esencial en mi texto. Si bien el final no es precisamente un final alegre, la ganancia detrás de la tragedia es la solidificación de las relaciones familiares. Un niño que no se siente amado por sus padres es un niño que sufre. Ahí hay un drama. No tiene que tener unos padres perversos. Hace poco un compañero me dijo que no le quedaba claro quién era el "malo" de mi historia. Yo no creo que tenga que haber un "malo" necesariamente. Mis personajes son humanos y cometen errores. Después de enterarse del embarazo de su hija los padres de Ayar no reaccionaron de la mejor manera. El silencio del padre y la falta de apoyo de ambos la llevaron a un estado de depresión lamentable. Claramente no fue una respuesta adecuada por parte de ellos; sin embargo, fue la forma que encontraron para lidiar con el embarazo de su hija en ese momento. Siento cariño por

mis personajes pero a veces también los desprecio y creo que de esas contradicciones estamos hechos los seres humanos. Ese es, quizás, el elemento más realista de mi historia.

ANYAR

CAPITULO I

Estaba esperando a que me saliera sangre para vivir con Sharom. Como a las mujeres no nos pueden montar hasta que sangremos, mis papás le dijeron a Sharom que me quedaría con ellos mientras tanto para evitarle la tentación. Un día le estaba sacando las tripas a un kahrimé cuando sentí un dolor en la espalda; era como si me estuvieran clavando un cuchillo. Después de un rato fui a orinar y me di cuenta de que tenía las piernas untadas de sangre. Me vino la imagen de Sharom a la cabeza, su pelo corto siempre al ras y esas orejas gigantes. No me gustaba para nada y todavía me parece feo, horroroso. Además se creía el mejor en todo; el que nadaba más rápido, el que conocía mejor el río; hasta un día dijo que se le había aparecido Bihtar, que es el dios del día y de la noche, para pedirle que nos cuidara a todos los niños porque él era el más inteligente.

No quería casarme con Sharom, entonces me lavé la sangre en el río y me amarré un pedazo de tela entre las piernas que cogí del cuarto de Nipa, la esposa de mi papá que no es mi mamá. Por la noche mi papá ató la balsa a una orilla del río; siempre lo hace porque aunque el Atim no es caudaloso, la balsa se puede mover y chocar con la de otra familia. Esperé a que todos estuvieran dormidos y salí de la

carpa caminando en puntillas sobre los tablones de la balsa. Di un brinco a la arena y caminé por la orilla lejos, hasta donde nadie me podía ver. Me quité la tela que estaba llena de sangre y la lavé en el río. La escurrí y me la puse otra vez.

Volví a la balsa y me acosté en mi colcha. Los párpados se me cerraban y yo los abría de nuevo con fuerza. Me daba miedo quedarme dormida y desacomodar la tela con algún movimiento. No sabía cuál era la mejor posición para dormir sin manchar la colcha. Me hacía bocabajo, luego de lado, luego otra vez bocabajo. Estaba tan asustada que hasta pensé que podrían oler mi sangre. La balsa en la que vivíamos, que es la misma en la que vivimos ahora, es muy pequeña. Los cuartos, en los que solo cabe una colcha, están separados por telas colgadas del techo. Si alguien abre un mango, el olor se siente en cada rincón de la balsa. Unos minutos después me olvidé de la idea. Mi mamá y Nipa también sangraban y nunca les había sentido un olor diferente. Me quedé un rato pensando en qué podía hacer si la colcha se manchaba, hasta que no pude aguantar más el sueño.

Cuando me desperté la tela estaba seca y la colcha limpia. Mi mamá estaba bañando a mi hermanito en el río y me dijo que me bañara. Yo tenía mucho miedo de que al meterme al río la tela se me cayera y mi mamá la viera. Le dije que tenía hambre y ella me dio bolitas de arroz. Comí muy despacio y me senté afuera de la carpa

sobre los tablones de madera que dan al río. Mi mamá terminó de bañar a mi hermanito y entró a la carpa. Mi papá estaba cogiendo kahrimes del otro lado de la balsa. Él nunca deja de mirar al río cuando está trabajando; se queda quieto con la caña en la mano, listo para clavársela a un kahrime. Enfrente de mí estaba flotando la balsa de otra familia. No me estaban mirando, pero igual me daban nervios. Me metí al agua despacio, apoyando las manos en la cadera para que la tela no se moviera. No se me cayó en ningún momento. Estuve sangrando por dos días más y después escondí la tela en un baúl pequeño en el que guardo mi vestido verde y una túnica que ya no me sirve.

Mi mamá me llevó a Muhmaj unos días después de que dejé de sangrar. Allá la gente tiene casas y ropa bonita. Me compró un ahuni de mango de esos que tienen semillas de ajonjolí. Lo lamí de a poquitos porque no quería que se acabara. Luego ayudé a mi mamá a montar su puesto contra un muro de la plaza. Cuando estaba extendiendo la alfombra pasó una señora y me miró feo. Ese día me dio rabia, ahora no me importa, ya me acostumbré. En Muhmaj las personas nos miran mal porque somos gente de río y dicen que olemos a kahrime y que hacemos brujería; pero apenas se van los hombres a trabajar, las mujeres corren a la calle para que mi mamá

les lea la mano. Le preguntan por sus maridos, si las aman o si aman a otra. Las embarazadas siempre quieren saber si el bebé es niño o niña, mi mamá siempre sabe. Dice que es muy fácil, solo hay que mirarles la panza. Cuando la raya que les sale a las embarazadas está torcida, entonces es una niña. A veces le piden que haga pociones para enamorar a los hombres. Mi mamá conoce todas las hierbas y puede hacer muchas cosas con ellas.

Una vez una señora, que le tenía celos a su prima porque era más bonita que ella, le pidió a mi mamá un bebedizo para volverla fea. La señora se lo echó en la comida y a la prima le salió una cola y orejas de mono. Otro día, mi mamá revivió a un muerto. Yo misma lo vi. El señor también era un hombre de río, un encantador de serpientes. Mi mamá estaba leyéndole el futuro a una señora cuando al señor lo mordió la serpiente. Empezó a gritar y se cayó al suelo. Mucha gente se paró a su alrededor, yo me hice en la primera fila. El encantador de serpientes empezó a respirar como ahogándose, el veneno se le estaba regando por el cuerpo. No pudo más y se le cerraron los ojos, estaba muerto. Mi mamá fue corriendo hacia él y se arrodilló a un lado. Le puso un pañuelo en la cabeza. Levantaba el pañuelo y lo dejaba caer; lo hizo varias veces. Le tocó la cabeza con la mano y mi mamá empezó a temblar porque se estaba comunicando con el espíritu del señor. Le pedía que no se fuera porque el encantador de

serpientes era muy joven para morir. El espíritu le hizo caso, se metió otra vez en el cuerpo y el señor abrió los ojos. Toda la gente aplaudía a mi mamá; yo me puse muy feliz.

Quería otro ahuni de mango pero mi mamá dijo que no le quedaba dinero para golosinas; prendió incienso y yo me fui a buscar clientes. ¡Venga, venga, compruébelo usted misma!, la gran Amadahi puede leer su futuro. ¿Su marido la engaña? ¡No hay problema! Acérquese, la gran Amadahi le espanta la amante y pone a su esposo de rodillas a sus pies.

Una señora con el pelo trenzado se sentó frente a mi mamá. Quería comunicarse con su hijo muerto. Yo sabía que la cosa iba para largo, entonces le dije a mi mamá que iba a dar un paseo. Ella siempre me dejaba jugar en el pueblo mientras trabajaba pero ese día me dijo que no me fuera muy lejos porque ya casi nos íbamos a la balsa.

Oí la melodía de un gahdi y seguí la música hasta un callejón. Estaba lleno de gente, me tocó empujar a muchas personas para poder ver. Ahí vi por primera vez al papá de mi bebé. Rakib es el hombre más bonito que he visto en toda mi vida. Tiene los ojos claros y las cejas bien pobladas, los labios gruesos que dan ganas de morderlos y se le pueden ver los músculos bien marcados de los brazos.

Rakib estaba sentado con las piernas cruzadas en el suelo y frente a él había un cesto con dos cobras. ¡Eran enormes! Pero a él no le daba miedo. Las hacía mover de lado a lado tocando el gahdi y se las enrollaba en las manos y en el cuello. Tenían unos colmillos gigantes pero a él no le hacían nada porque las tenía hipnotizadas. Es el mejor encantador de serpientes que he visto.

Cuando terminó de tocar guardó las serpientes en el cesto. Muchas personas le dieron monedas y se empezaron a ir. Yo me quedé quieta, mirándolo; me había hipnotizado como a las serpientes. Me preguntó mi nombre. Sentía la frente caliente, las manos me temblaban, no podía dejar de mirarle la boca. Le respondí casi murmurando. No me oyó entonces me preguntó de nuevo. Luego me mostró las serpientes y duró un rato contándome como las había atrapado. Yo pensaba en preguntas para hacerle pero apenas iba a hablar me arrepentía. Sonreía y él también lo hacía. De repente me invitó a cenar. ¡Claro que yo quería, me moría de las ganas!, pero me tocó decirle que no porque mi mamá me estaba esperando. Siguió insistiendo, entonces le dije que quería un ahuni de mango. Me lo compró y se despidió de mí con un beso en la frente.

Cuando estaba llegando a la plaza empecé a llamar a los clientes para que mi mamá pensara que llevaba todo ese tiempo trabajando. Estaba histérica. Me gritaba que en dónde me había metido, que de

dónde había sacado el ahuni. Le dije que una señora me lo había regalado pero ella siguió regañándome mientras caminábamos hacia el río, más de una hora de regaño. Me dijo que a las niñas que se portan mal Bihtar les hace caer el pelo. Después se lo da como regalo a Dalini, que es la madre del río. Dalini convierte el pelo en algas y los kahrimes se las comen. Yo no quiero que los kahrimes se coman mi pelo. Llevo muchos años dejándolo crecer porque el pelo de las mujeres es lo que enamora a los hombres.

Esperé toda la semana para ir a Muhmaj. Antes de que naciera mi hermanito íbamos casi todos los días, después empezamos a ir sólo los miércoles porque él era muy pequeño para ir a la plaza y mi mamá tenía que darle teta. Cuando íbamos a Muhmaj Nipa lo cuidaba y le daba leche que mi mamá dejaba en una botella; pero a mi mamá no le gustaba dejarlo con Nipa, entonces trabajaba solo los miércoles y el resto de la semana se quedaba en la balsa. Ahora que mi hermanito va a cumplir dos años lo lleva a la plaza. Dice que Nipa le tiene envidia porque ella no ha podido embarazarse y le da miedo que envenene a mi hermanito.

Yo le pedí a Dalini que Rakib estuviera en el pueblo. Me puse mi vestido favorito. Es verde, muy brillante y con piedras de colores en las mangas. Mi mamá no quería que lo usara porque es mejor dejarlo

solo para ocasiones especiales porque o si no se gasta. Le dije que me quería ver bonita y ella me abrazó y dijo que también le había heredado lo vanidosa. Se la pasa diciendo que yo le heredé todo: las pestañas largas, la nariz chata y la voz ronca.

Al final me dejó usar el vestido y me regaló un brazalete con piedras azules y verdes que combinaban perfecto. Me hice una trenza y me eché esencia de jazmín. Cuando salí de la carpa mi papá estaba cogiendo kahrimes y apenas me vio se paró emocionado. "¡Miren a mi hija, está muy linda!", le decía a los vecinos de la balsa de al lado.

En Muhmaj me pasé casi toda la mañana tratando de conseguir clientes. No sé qué les pasaba a las señoras ese día que no querían preguntar por su futuro ni por sus maridos. Por fin logré convencer a una y la llevé a la esquina en donde mi mamá estaba sentada. Ella me dio permiso para irme a jugar y me dijo que volviera antes del medio día. Fui rápido al callejón y vi de lejos a Rakib. Él me había visto en la plaza hablando con las señoras. Me dio mucha vergüenza y creo que se dio cuenta porque me cogió las manos y me dijo que lo hacía muy bien y que me veía bonita.

Caminamos hasta el patio trasero de una casa azul con ventanas rojas. La puerta y las ventanas estaban cerradas, pero saltamos una reja que estaba tapada por unas matas y pudimos entrar al patio. Rakib decía que el dueño era un comerciante que casi siempre estaba

de viaje. El patio estaba completamente vacío. Rakib se sentó en el piso y cruzó las piernas como lo hace cuando encanta serpientes; yo hice lo mismo.

Me dijo que me traía un regalo y sacó un ahuni de mango. Mientras me lo comía hablamos de mi familia y de lo difícil que era la vida en el río. Rakib también creció en una balsa. Su papá le enseñó desde pequeño a tocar el gahdi y a los once años ya podía encantar serpientes. Cuando tenía trece su mamá se murió; la mataron los nerunos. Eso pasa mucho. Los nerunos son invisibles, entonces la gente no los puede ver. No son malos; viven adentro de los árboles pero a veces confunden a las personas con árboles y se les meten por el ombligo. Cuando están adentro empiezan a crecer y la barriga se infla hasta que la persona se muere. El papá de Rakib no tenía más esposas entonces vendió la balsa y se fue con él de pueblo en pueblo encantando serpientes.

Me gustaba oírlo hablar. Me ponía nerviosa cuando me hacía preguntas pero me miraba de una forma que me hacía sentir tranquila. Poco a poco me fui soltando. Le dije que me gustaba como sonaba el gahdi y él empezó a explicarme cómo tocarlo. Lo primero era la posición de las manos. Dependiendo de los huecos que uno tape sale un sonido. Yo no sabía que decirle cuando me dio el gahdi para que lo tocara. Se supone que el gahdi no es para las mujeres, pero Rakib

decía que él no creía en esas cosas. Cogí el gahdi entre mis manos y soplé fuerte tapando dos huecos. Después tapé tres, soplaba más fuerte, más suave. Estuvimos un poco más de una hora hablando y después Rakib me acompañó hasta el callejón. De ahí caminé sola hasta la plaza para encontrarme con mi mamá. Le dije que había estado en el mercado pero ella no me puso cuidado entonces no me tocó decirle más mentiras.

Desde ese día empecé a practicar. Intentaba recordar los sonidos que había aprendido y movía los dedos en un gahdi imaginario. Pasaba horas sentada en la balsa con los pies en el agua acordándome de la conversación con Rakib y de la música que hacía con su gahdi. Lo tenía decidido, quería aprender a tocar el gahdi. Se lo dije la siguiente vez que nos vimos y él se emocionó. Me enseñó a hacer tres sonidos y a pasar de un sonido a otro. Primero lo hacía él y luego yo lo imitaba. Me gustaba sentir la boquilla del gahdi mojada con su saliva.

CAPÍTULO II

Cuando yo era más pequeña los otros niños me molestaban porque tengo los dedos de los pies pegados. Un día estábamos jugando al que más aguantara la respiración debajo del agua y yo gané. Y como Sharom no sabe perder empezó a decirme niña sapo. “¡Abi cret, abi cret!” me gritaba. Después todos me decían así. “Abi cret, cruak cruak”.

Sharom es el más grande y siempre pone las reglas de los juegos. Que no se vale abrir los ojos, que Emoj tiene ventaja porque es el más chiquito, que alguien hizo trampa. Siempre es lo mismo y él termina ganando. Me acuerdo de una vez que estábamos jugando a encontrar la piedra en el fondo del río. Nos hicimos todos en la orilla dándole la espalda al río y Emoj tiró una piedra muy redonda y morada, diferente a las demás. Cuando Emoj gritó *iya!*, me sumergí en el agua y empecé a buscar la piedra. La vi junto a una roca grande. Ya casi la tenía en mi mano cuando Sharom se me tiró encima y me hizo pegar contra la roca. Como nuestros papás son tan amigos lo llevaron a la balsa de mi familia para que me pidiera disculpas.

Seis meses antes de la primera vez que me salió sangre fuimos a comer a la balsa de los papás de Sharom. Nipa me trenzó el pelo y me puso unos aretes que tenía guardados en un cofre. Mi papá ató nuestra balsa en la orilla junto a la de la familia de Sharom. Apenas me bajé de la balsa Emoj me recibió con un abrazo. Estaba muy emocionado y me dijo que tenía un regalo para mí. Me pidió que abriera la mano y puso sobre ella un diente que se le había caído. Me dijo que era para la buena suerte. Majin, la mamá de Sharom y Emoj, hizo pollo bien aliñado, un poco picante. Me emocioné cuando lo puso sobre la mesa; nosotros casi nunca comemos pollo. Me gustaría ser muy rica y poder comer todos los días pollo.

Majin cocina delicioso y se ve que también come muy bien porque tiene cachetes y es bien caderona. Nos dijo que podíamos repetir, que había más en la cocina. Nehmul, el papá de Sharom, es amigo de mi papá desde que eran niños. Él ayudó a construir nuestra balsa y compró casi todos los materiales. Mi papá dice que nació con el don de hacer reír a la gente y así se gana el dinero. En Muhmaj, se paraba a contar historias en una calle frente a la escuela Sauhan. Sharom, Emoj y Aniah, que es una amiga nuestra, lo rodeaban y se aseguraban de que todos los niños pagaran. A veces también iban los profesores.

Después de terminar el pollo, Majin trajo de la cocina un dulce de piña y té. No había probado el dulce cuando mi mamá dijo que habían

decidido que yo me iba a casar con Sharom. Enoj golpeó con fuerza la mesa y empezó a llorar. Decía que él se quería casar conmigo. Hasta ese momento me di cuenta de que yo le gustaba, siempre lo vi como un hermanito. Sharom estaba congelado, con la mirada fija en la mesa. No dijo una sola palabra.

Desde eso cambió conmigo. Le dijo a todos los niños que si me volvían a decir abi cret les iba a pegar. Empezó a visitarme por las tardes. Nos sentábamos en la balsa con la mirada fija en el agua y hablábamos sobre Enoj y los otros niños con los que jugábamos. Nuestras conversaciones duraban muy poco y casi siempre nos quedábamos en silencio. Cuando Sharom empezaba a golpear las tablas con los dedos yo sabía que estaba aburrido entonces le hacía cualquier pregunta. ¿Qué harías si tuvieras mucho dinero? ¿Si te dicen que toda tu familia se tiene que morir y que solo puedes salvar a uno, a quién salvarías?

CAPÍTULO III

El calor no me dejaba dormir. Salí de la carpa y me encontré a mi mamá sentada en los tablones de la balsa. Ella tampoco podía dormir. En el verano el calor se vuelve insoportable y el río se llena de mosquitos. Fui a la cocina por dos tazas de té y me senté junto a ella. Me preguntó por Sharom. Yo le dije la verdad, que a mí él no me gustaba. Ella me contó que antes de casarse tampoco le gustaba mi papá. Era bajo de estatura y tenía la espalda angosta; a ella le gustaban los hombres grandes y musculosos. Además él no habla mucho; mi mamá dice que ha sido un hombre callado desde siempre. Tampoco le caía bien Nipa. Pero cuando se fueron a vivir juntos se enamoró de él y Nipa la cuidó cuando quedó embarazada de mí. Lo único malo fue tener que separarse de mis abuelos. Mi papá quería ir a Mahjen, donde desemboca el río, y mi mamá no dijo nada porque no quería molestarlo.

Eso no me iba a pasar a mí. Los papás de Sharom, Nipa y mis papás siempre han vivido en el mismo lugar desde que se conocieron en Mahjen. Allá vivieron tres años. Luego se fueron en la balsa hasta Arden. Vivieron en Behde y en Suriah, dónde el río es más estrecho. Sharom y yo nacimos en Mahjen y Emoj en Arden; mis papás dicen

que allá hay muchas frutas y plantas raras porque llueve; lo malo es que no hay kahrimés. Sharom quería vivir en donde estuvieran sus papás, entonces yo no tenía que separarme de los míos; esa era la única razón por la que me quería casar con él. Yo no podría vivir sin mis papás. Los días que amanecía triste pensaba que al menos cuando tuviéramos nuestra propia balsa, viajaríamos con nuestras familias. Durante el día las tres balsas flotarían sobre el río y en la noche asaríamos kahrimés en la orilla.

Mi mamá se volteó hacia mí con la taza de té en sus manos. Me dijo que soñaba con que Sharom y yo tuviéramos una niña. Quería mostrarle todas las pociones que ella había aprendido de mi bisabuela. Yo siempre quise tener poderes, pero como solo se heredan de abuela a nieta, me toca aprender a cocinar y a limpiar la balsa. Mientras mi mamá hablaba miré el río y me imaginé las tres balsas flotando; mi mamá moliendo hojas de adelfí silvestre con mi hija a su lado; Emoj enseñándole a mi hermanito a nadar; mi papá y Nehmul pescando sentados en la balsa con los pies en el agua y Majin, Nipa y yo cocinando pollo aliñado.

Emoj estaba cumpliendo ocho años. Nipa y yo preparamos dulce de mango y lo decoramos con un lazo azul alrededor de la vasija. Cuando se lo llevé me mostró emocionado el regalo de sus papás, un gahdi

dorado. La verdad es que aunque quiero mucho a Emoj, me dio envidia. Si yo fuera hombre ya tendría mi propio gahdi. Más tarde acompañé a mi mamá a Muhmaj y me dio dinero para que le comprara un regalo a Emoj. Guardé el dinero en mi mochila y fui corriendo al callejón en el que Rakib encantaba serpientes. Lo rodeaban algunas personas, pero apenas me vio dejó de tocar el gahdi y la gente se fue. Caminamos hasta el patio de la casa azul con ventanas rojas y nos sentamos en el suelo, recostados contra la pared. Empezó a hablar sobre un anciano jorobado que había gritado en la plaza que la brujería era una enfermedad y que los hombres de río estábamos dañando el pueblo. Yo hacía como si le estuviera poniendo cuidado pero no podía dejar de pensar en mi compromiso con Sharom; me empezaron a salir lágrimas. Le dije que no sabía por cuanto tiempo podía ocultar la sangre.

La primera vez que nos dimos un beso yo le conté que estaba comprometida pero nunca volvimos a hablar del tema. Rakib tenía catorce años y a esa edad los hombres de río ya están casados o al menos comprometidos, pero como su papá se fue del río ya no pertenecía a la comunidad. Me dijo que iba a hablar con su papá para ver si me podía quedar con ellos en el cuarto que habían arrendado en Muhmaj. Creo que solo lo decía para consolarme. Yo me puse feliz, llevaba muchos días pensando si Rakib me iba a decir que me fuera

con él. Fue difícil decirle que no, pero yo ya había tomado una decisión. Me sequé las lágrimas, pensé en las tres balsas flotando sobre el río y le dije que me iba a casar. Me abrazó sin decir nada. Me besó las mejillas presionándolas con fuerza. Estuve un rato recostada en su hombro hasta que tomé su gahdi y empecé a tocar. No tocaba tan bien como él pero ya me sabía varias melodías. Habían pasado cinco meses desde el día que le dije que quería aprender a tocar y desde ese momento no había pasado un solo día sin que ensayara con o sin gahdi. Tenía un cuaderno en el que anotaba la posición de los dedos en cada una de las melodías que Rakib me enseñaba. Cuando nos volvíamos a ver yo ya me las sabía.

Rakib aún estaba sentado a mi lado. Puse el gahdi en el suelo y sujeté mi vestido con los puños cerrados. Le pedí que me montara. Me respondió que no podíamos, que Sharom se iba a dar cuenta de que no era la primera vez que estaba con un hombre cuando no me saliera sangre. Yo no sabía eso. Otra vez la sangre. No entiendo para qué Bihtar nos hace sangrar a las mujeres. Le insistí pero me dijo lo mismo. Entonces arranqué con la uña una costra que tenía en la rodilla y sonreí mientras levantaba mi dedo índice ensangrentado.

Nos empezamos a dar besos. Sentía el cuello húmedo y con los ojos cerrados intentaba reconocer cuando me tocaba con sus labios o con su lengua. Me quité los zapatos mientras él me besaba y mandé

los dedos hacia atrás, apretándolos con fuerza, para que él no los viera. Le acariciaba la espalda y el cuello. Mientras me besaba movió el gahdi hacia un lado y yo me acosté en el suelo, Rakib se puso encima de mí.

CAPÍTULO IV

Sharom empezó a construir nuestra balsa unos días después de la primera vez que Rakib me montó. Yo ya casi cumplía los trece y a esa edad es normal que las niñas empiecen a sangrar entonces Sharom quería tener la balsa lista. Salía temprano a Muhmaj y pasaba todo el día de pie controlando que los niños de la escuela Sauhan pagaran para oír los chistes de su papá. No sé de donde sacaba la fuerza, cuando llegaba al río en la tarde empezaba a cortar juncos huecos para hacer la base de la balsa. Solo podía usar juncos porque son los únicos que no se hunden y que soportan la carpa. Como en verano no hay muchos, le tocaba caminar por la orilla del río buscando los tallos y luego cargarlos de vuelta. Me sentía mal cuando le veía los hombros llenos de ampollas, pero igual seguía viéndome con Rakib cada vez que podía. Él no se merecía eso, yo sé. Desde que nos comprometimos se había vuelto más y más bueno conmigo. A veces dejaba a Emoj trabajando con su papá en la escuela y corría a la plaza de Muhmaj a saludarme.

El día que echaron a mi mamá de la plaza, Sharom estaba con nosotras. Comíamos un pan de cereales sentados junto a la alfombra en la que estaba mi mamá con todas sus cosas, cuando llegó un señor

y le dijo que no podía hacer brujería en Muhmaj, que se fuera. Me acuerdo que el señor tenía la espalda ancha y era altísimo, mucho más grande que cualquier hombre de río. Mi mamá se levantó y fue hacia el señor suplicándole que la dejara trabajar. Apenas estaba cerca de él, el señor la empujó y le dijo que no se le volviera a acercar. Sharom intentó defenderla y en menos de un minuto llegaron tres hombres a patearlo. Lo dejaron en el suelo lleno de sangre. Yo lloraba mientras le limpiaba la sangre y la gente nos gritaba que nos fuéramos, que nos largáramos a nuestro río. El señor le gritó a mi mamá que recogiera sus cosas, pero ella se quedó quieta, no dijo nada, era como si la golpiza que le dieron a Sharom la hubiera dejado sin vida. El señor empezó a patear las botellas y los bebedizos se regaron por el suelo. Pisaba con sus zapatos de cuero el incienso, las hierbas y tiraba las cartas al aire. Nadie en la plaza hizo nada por nosotros. Fue horrible, lo más horrible que he visto. Salimos corriendo sin recoger nada, ni siquiera el dinero que mi mamá había ganado ese día.

Muchas personas fueron a la balsa para hablar con mi mamá; estaban preocupados porque no era la primera vez que sacaban a una curandera de la plaza. Mi papá no decía nada. Se quedó sentado en los tablones de la balsa, con la caña en la mano y los ojos en el río; pero yo sabía que estaba triste porque cuando lograba coger un kahrime no sonreía. Me dijo que lo acompañara al Sahfren, que es una parte en la

que el río choca con tres piedras gigantes y entre las piedras salen chorros. Me sumergí en el agua y nadamos hasta allá. Nos recostamos sobre las piedras un rato y luego nos sentamos en la orilla. Mi papá hacía bolitas de arena y las ponía sobre mis pies. Sin mirarme a los ojos me contó que a Nehmul le habían prohibido contar chistes frente a la escuela después de que nos echaron a nosotras de la plaza. No era la magia lo que a la gente de Muhmaj no le gustaba, éramos nosotros. Las lágrimas le caían por las mejillas mientras me explicaba que nos teníamos que ir y yo en vez de abrazarlo hice una pataleta porque no quería dejar de ver a Rakib. Si pudiera devolver el tiempo le daría un abrazo. Él se pone triste porque no puede comprarnos una casa, ni pagar una escuela para mí. Ese día estaba muy mal y yo sé que era por eso.

Mis papás y los de Sharom decidieron que nos iríamos a Kohef, que es la región en la que nacimos Sharom y yo. Los preparativos del viaje empezaron al día siguiente de que nos echaron de la plaza. Nipa cambió algunos vestidos que había tejido por arroz, lentejas, papas y pimienta. Majin también cambió sus joyas por comida. Como Sharom solo había construido la base de nuestra balsa que no pesa mucho, Nehmul la amarró con varias cuerdas a la balsa de su familia. Mi papá fue a Muhmaj a comprar brea para prender las antorchas. Le pedí que me dejara ir con él para despedirme de unas amigas que me inventé,

pero me dijo que no; que después de la golpiza que le dieron a Sharom en la plaza no quería que yo volviera a Muhmaj. Le insistí muchas veces, se me salían las lágrimas pero a él no le importó.

Me tocó irme sin despedirme de Rakib. Lloraba pensando que él se iba a olvidar de mí y que iba a conocer a otra niña más bonita que no tuviera los dedos pegados como los míos. Quería ahogarme en el río; en serio, me quería morir. Sufrí todo el viaje y yo, como una idiota, me consolaba con que al menos ya no me tocaba esconder la sangre porque no estaba sangrando. No entiendo como no me di cuenta de que tenía un bebé en la barriga.

CAPÍTULO V

En la madrugada empezamos a remar siguiendo la corriente del río. Pasábamos al lado de las balsas que estaban amarradas en la orilla. Era muy temprano, todos estaban dormidos dentro de sus carpas. Remaba sin ganas; quería tirarme al agua y devolverme nadando. Me imaginaba a Rakib esperándome en el callejón y caminando por la plaza preguntando por la gran Amadahi. Después de remar por una hora pasamos junto a la última balsa. Yo me quedé mirándola mientras se hacía más chiquita hasta que dejé de verla.

A los dos lados del río solo había pasto seco y uno que otro árbol. La corriente del Atim en el verano es tan lenta que una persona caminando por la orilla podía llegar antes que nosotros. Mi papá quería que remáramos para avanzar más rápido, pero la verdad es que no hacía mucha diferencia. Se necesitaban muchas más personas remando. Todos estaban emocionados, sobretodo Sharom que quería conocer la región en la que los dos nacimos. Remaba sin parar con los brazos llenos de morados y heridas que le habían quedado de los golpes.

Los primeros días fueron muy duros; yo no podía parar de pensar en Rakib y me fastidiaba que mi mamá intentara animarme

contándome historias sobre kohef. Quería estar sola para poder llorar sin que nadie me preguntara porqué estaba triste; por eso me hice la enferma y hacía como que el sol me estaba mareando y tenía dolor de cabeza. Me dijeron que podía quedarme descansando dentro de la carpa, entonces pasaba todo el día acostada en mi colcha o acariciando a mi hermanito. Al tercer día de viaje, de tanto hacerme la enferma me enfermé; me empezaron a dar mareos y vómito. Mi mamá me preparó té de yerbabuena y me sostenía los pies en el aire cuando yo estaba acostada. Creímos que podía ser el movimiento de la balsa; mi papá y Nipa estaban acostumbrados a pasar todo el día meciéndose en la balsa, pero nosotras no.

Después de siete días de viaje llegamos a Nariet, una selva con árboles altísimos que tapan el sol. Ya no estaba enferma, pero no se lo dije a nadie para poder llorar tranquila. Hasta ese momento solo habíamos atado la balsa en las noches para dormir, pero en Nariet estuvimos varios días sin avanzar buscando comida para lo que quedaba de camino. Majin, Nipa y mi papá se quedaron en la orilla con las balsas y el resto nos fuimos a explorar la selva. Nunca había visto tantas plantas diferentes. De los árboles colgaban enredaderas con flores moradas y manchitas amarillas. También había una mata anaranjada que cuando uno la tocaba tiraba semillas rojas al aire. Yo encontré una planta que tenía las hojas casi tan largas como mis

brazos y me hice un collar con una de esas hojas. Más tarde Sharom vio un nido en la rama de un árbol, me trepó en sus hombros y pude ver tres pajaritos bebés. Mi mamá llevaba un talego en el que iba metiendo plantas medicinales y flores mágicas para sus hechizos. Decía que ya tenía la cura para la enfermedad que se suponía que yo tenía. Ese día me olvidé de Rakib, estaba muy emocionada conociendo la selva.

Cuando caminábamos de vuelta a las balsas sentí el olor a jengibre de la sopa de garbanzos, uno de mis platos favoritos. Majin y Nipa habían guardado los garbanzos para una ocasión especial, la llegada a Nariet lo era. Mi papá había cogido tres kahrimes y los asó junto a la olla de la sopa. Aún no había oscurecido, pero como llevábamos desde el desayuno sin comer estábamos ansiosos por la cena. Nos sentamos en la arena, cada uno con su vasija en frente. Nipa le sirvió a los adultos vino de palma. Sharom le pidió a sus papás que lo dejaran probar el vino; ellos le dieron un poco. Entonces Emoj y yo también queríamos, pero Nehmul dijo que Emoj todavía era muy pequeño y mis papás no querían dejarme. Al final Nipa los convenció y me tomé un sorbo; me tocó escupirlo y todos nos empezamos a reír. No sé cómo les gusta esa cosa tan fea. Cuando terminamos de comer empezó a oscurecer. Nos quedamos sentados viendo el atardecer y el río que se puso anaranjado.

La fogata iluminaba nuestras caras. Nehmul se paró frente al fuego y empezó a cantar una canción muy conocida que es sobre un hombre de río que no quiere trabajar. Mi papá marcaba el ritmo con las manos y nosotros cantábamos. Los hombres decían *-Ay mujer quejumbrosa ya no me regañes más*. Nosotras respondíamos *- voy a buscarme otro hombre que no sea un holgazán*. Mientras cantábamos Emoj fue a la balsa por su gahdi y empezó a soplarlo sin ritmo. Estuvimos un tiempo cantando hasta que mi mamá dijo que era el momento de comunicarnos con nuestros ancestros para que ayudaran a los hombres a cazar. Mi papá, Nehmul, Sharom y Emoj se sentaron tocándose las espaldas. Ella les untó aceite de cardamomo en los brazos, el pecho y la cabeza. Majin, Nipa y yo cantábamos para ayudar a mi mamá a comunicarse con nuestros antepasados. Cuando entró en su mundo empezó a tirar plumas blancas al aire. Las plumas les caían a los hombres en el cuerpo y se quedaban pegadas en su piel.

En la mañana los hombres salieron juntos a cazar. Yo amanecí pensando en Rakib; no me quería parar de la colcha, ni hablar con nadie. Sentía rabia con mis papás y con los papás de Sharom. Me debieron haber preguntado si me quería casar con él. Pero también era mi culpa, yo no dije nada. Me quedé callada porque sabía que así se habían casado mis papás, mis abuelos y los papás de mis abuelos. Así se casaban todos los hombres de río. Pero pude haberles dicho que

Rakib existía; ¿por qué él nunca me propuso eso? Ya ni siquiera estaba segura de que él me amaba. Si me amara tanto como yo a él, hubiera hablado con mi mamá en la plaza. Aunque tampoco podíamos morirnos de hambre; Rakib era más pobre que mis papás y a mí nadie me iba a dar trabajo. Si al menos tuviera magia...

Cuando mi mamá entró a mi cuarto a darle leche a mi hermanito me vio llorando. Le dije la misma mentira de los últimos días: que me sentía débil, enferma. Ella me trajo un té para que se me pasara el dolor. No sé qué tenía el té pero me hizo dar ganas de vomitar. Mi mamá dijo que eso no era normal, que ya llevaba muchos días enferma. Me revisó el cuerpo buscando la picadura de un animal pero no encontró nada. Estuve toda la mañana tirada en mi colcha. Nipa me oyó llorar desde su cuarto que solo está separado del mío por una tela azul. Yo no sabía que ella me estaba oyendo hasta que dijo, desde su cuarto, que yo lo que estaba era enferma del corazón.

Los hombres llegaron de cazar por la tarde. Rakib traía colgado del hombro derecho un mono sangrando y Nehmul caminaba a su lado orgulloso. Detrás venía mi papá con Emoj, que estaba llorando. Sharom nos contó emocionado como tiró desde abajo una lanza y le dio al mono que estaba comiendo en una rama del árbol. El mono cayó al suelo sangrando y antes de que escapara, Sharom le clavó un cuchillo en el pecho. Yo felicité a Sharom intentando no ver al mono y

le dije a Emoj que nos metiéramos al río. Mientras caminábamos vi las gotas oscuras de sangre en la arena.

Emoj estaba triste porque Sharom mató al mono. A mí tampoco me hubiera gustado ver eso. Le dije que fuéramos por su gahdi para que practicara los sonidos. Le pedimos permiso a nuestros papás para ir a caminar un rato. Nos dijeron que podíamos pero solo por la orilla del río, que no nos metiéramos a la selva y que volviéramos antes del atardecer. Caminamos por la orilla hasta unas piedras altas. Yo ayudé a Emoj a treparse y nos sentamos mirando hacia el río. Le expliqué cómo se tenían que poner los dedos en el gahdi y cuando tenía que soplar más fuerte o más bajo. No aguanté las ganas y toqué una melodía. Emoj me veía con una sonrisa. Le dije que un amigo me había enseñado y el me prometió muchas veces que no le iba a decir a nadie que yo sabía tocar el gahdi.

CAPÍTULO VI

Llevábamos tres días en Nariet. Habíamos cogido algunas frutas pero no habían tantas como pensamos que íbamos a encontrar. Mi papá, Sharom y Nehmul habían cogido suficientes kahrimes para dos o tres días. Cuando el río es más angosto es difícil pescar, entonces necesitábamos llevar reservas por si eso pasaba. En la mañana del cuarto día fui con mis papás y Emoj a buscar frutas. Después de almuerzo los hombres fueron a casar y las mujeres se quedaron descansando en las balsas. Emoj no quiso ir de caza, entonces volví con él a las piedras para tocar en secreto el gahdi.

Emoj se recostó en la piedra mirando al cielo mientras yo tocaba. Cuando terminaba una canción me pedía otra. Él seguía el ritmo con sus manos. Después de un rato le tocó su turno. Lo hizo mucho mejor que la primera vez; había estado practicando lo que yo le enseñé. Cuando él estaba tocando vi a lo lejos una balsa que se acercaba a las nuestras.

En la balsa vivía una pareja y sus tres hijas; una de quince años, otra de trece y la más chiquita tenía ocho, igual que Emoj. Yo quería jugar con la niñas pero estaban hablando entre ellas entonces me senté con los adultos. Majin les sirvió té y bizcochos de miel mientras

conversaban. Ellos también venían de Muhmad, pero allá solo estuvieron dos semanas, nunca los vimos. En los últimos dos años habían vivido en cuatro regiones y de todas los habían echado. La señora decía preocupada que su hija, la mayor, todavía no estaba comprometida. Que con esa movadera de lugar en lugar era muy difícil encontrarle un esposo. Qué buena suerte la de esa niña.

Nehmul, Sharom y mi papá llegaron cargando un jabalí entre los tres. Apenas los vio el papá de las tres niñas fue a ayudarlos. Lo habían acorralado en un lodazal hasta que Sharom logró darle con una lanza y luego lo terminaron de matar clavándole un cuchillo en el cuello. Nipa nos dijo a los niños que nos fuéramos al río a jugar. No quería que Emoj y yo estuviéramos cerca mientras arreglaban al jabalí. La noche anterior ninguno de los dos comió mono y eso que yo misma le había sacado las tripas a muchísimos kahrimes. La hermana mayor no quiso ir al río porque tenía los dolores de la sangre. En ese momento caí en la cuenta de que llevaba un mes y medio o dos meses sin sangrar. Pensé que tenía mucha suerte; en ese viaje hubiera sido muy difícil esconder la sangre, sobre todo los días en que solo parábamos en la orilla para dormir.

Emoj y yo fuimos al río con las dos hermanas menores. Ellas eligieron el primer juego: cena bajo el agua. Nos hundíamos los cuatro hasta el fondo del río y la hermana del medio nos servía la comida en

nuestros platos imaginarios. Comíamos y bebíamos hasta que no aguantábamos la respiración y salíamos del agua riéndonos a carcajadas; luego volvíamos a sumergirnos. Después yo dije que nadáramos sin usar los pies. Cruzábamos las piernas como se sientan los encantadores de serpientes, apoyando los pies en los muslos, y nadábamos solo usando los brazos.

Estábamos jugando cuando llegó Sharom untado de sangre de jabalí por todas partes. Se limpió la sangre en el río y yo le presenté a las dos niñas. Sharom le hacía chistes a la hermana del medio y se le notaba que le parecía bonita. Aunque a mí Sharom no me gustaba me hizo sentir mal y me dio rabia. Después de un rato Sharom dijo que hiciéramos una competencia para ver quien nadaba más rápido. Yo todavía tenía mucha rabia, nadé con todas mis fuerzas y gané. Él empezó a decir que yo solo nadaba más rápido porque tenía pies de renacuajo y me volvió a decir abi cret. Se reía mientras me decía delante de las niñas y de Emoj: abi cret cruack cruack. Ellos no dijeron nada, solo se quedaron mirándonos. Yo no aguanté la rabia y me le colgué de la espalda. Le empecé a pegar puños en la cabeza, le arañaba los hombros mientras salpicaba agua por todos lados; le jalé tan duro la túnica que le rompí una manga. Él me dobló el brazo, me mordió la espalda y me jaló el pelo; me quedó doliendo la cabeza por muchas horas. Emoj fue corriendo a donde los adultos y les dijo lo que

estaba pasando. Sharom y yo paramos de pelear cuando oímos los gritos de nuestros papás que estaban histéricos en la orilla.

Majin y Nehmul se llevaron a Sharom a su balsa. No sé qué le habrán dicho a él pero a mí me regañaron horrible. Mi papá me dijo que así no eran las niñas, que yo parecía un hombre, que era un patán; un patán, así me dijo. Después mi papá se fue y mi mamá duró un tiempo largo diciéndome que así no me habían educado; que uno no puede andar peleando con las personas y menos con el hombre con el que se va a casar; que los esposos no se faltan al respeto entre ellos. Lo peor fue que después ella le preguntó a Emoj y a las niñas que quién había empezado la pelea y todos dijeron que yo empecé a golpearlo a él. Le expliqué a mi mamá lo de abi cret pero no le pareció suficiente entonces me obligó a pedirle perdón.

Majin y Nehmul estaban sentados en los tablones de su balsa cuando mi mamá y yo llegamos. Apenas nos vieron Majin entró a la carpa para decirle a Sharom que yo estaba afuera. Yo me quedé de pie en la orilla, mirando hacia el río para evitar ver a la cara a Nehmul. Sharom salió con los ojos hinchados, se notaba que había llorado. Nehmul solo nos dijo que no podía volver a pasar, que las peleas entre un hombre y una mujer son una ofensa a Bithar. Luego Majin dijo que nos dejarían hablar solos y se fueron. Sharom y yo nos sentamos en

los tabloncillos de su balsa. Le pedí disculpas por pegarle y él no me respondió, solo movió la cabeza como un tonto. Sentí mucha rabia.

En la noche asaron el jabalí y cocinaron lentejas y arroz con ajonjolí. Nipa invitó a las tres niñas y a sus papás a la comida. Estaban pasándola muy bien, yo los oía cantar desde mi colcha. Mi mamá me dijo que saliera, que la comida estaba muy rica, pero yo no quise y le dije que no quería salir y que tampoco tenía hambre. Más tarde vino Nipa con una vasija de comida, la puso junto a mi colcha y se fue.

Yo estaba sentada llorando. Pensaba en Rakib; tenía rabia conmigo misma por no haber hecho algo, pude haberme escapado. Seguro él ya no me quería, o nunca me quiso. Me daba asco pensar en que Sharom me iba a montar algún día, ¿Por qué no mejor morirme de una vez? Mientras los oía cantar desde mi colcha, empecé a clavar la uña del dedo gordo de mi mano derecha en la piel que une los dedos de mis pies. Pensaba en mis papás y en todas las mentiras que les había dicho. Me repetía una y otra vez que era una mentirosa, una mala hija, una mala persona, un patán, una niña que no tenía poderes ni sabía hacer nada y además era fea, deforme. Clavaba la uña más profundo deslizándola entre mis dedos. Una idiota, horrorosa, que ofende a Bithar, que sobra. La línea que dejaba la uña se ponía cada vez más roja. Me imaginaba que mi uña era un cuchillo que cortaba la piel entre mis dedos separándolos.

Me desperté con los ojos hinchados de tanto llorar, casi ni podía abrirlos. Me sentía mareada, pensé que era porque no había dormido bien. Afuera se oían las voces de los adultos; las mujeres estaban haciendo el desayuno. Tenía hambre pero no quería salir de mi cuarto, no quería ver a nadie. Todavía estaba triste por lo que me habían dicho mis papás y tenía mucha rabia con Sharom; pensaba en decirle que tenía cabeza de huevo con orejas de murciélago. Huevo de murciélago, huevo de murciélago, huevo de murciélago, repetía una y otra vez en mi cabeza. Estaba pensando en eso cuando oí los gritos de Emoj; me estaba llamando para que fuera a desayunar. Luego oí a Majin que le gritaba que no gritara.

Emoj entró a mi cuarto y se sentó junto a mí en la colcha. Me decía que no estuviera triste, que no le pusiera cuidado a Sharom porque él era un envidioso y por eso me había dicho abi cret. Luego sacó la lengua para mostrarme que ya había aprendido a doblarla en lunita. Yo le había intentado enseñar antes pero él no podía porque tenía la lengua muy chiquita.

Mi mamá se asomó por la tela que separa mi cuarto de la cocina y nos dijo que qué pasaba, que por qué no íbamos a desayunar. Emoj se fue y yo le respondí que no tenía hambre. Se enojó conmigo. Dijo que aunque no tuviera hambre tenía que ir a desayunar. Entonces me cogí

la barriga y le dije que me estaba doliendo demasiado, que no podía comer. Esa vez no estaba diciendo mentiras; exageré un poco, pero sí sentía el estómago revuelto. Ella no me creyó. Dijo que yo siempre estaba enferma para todo menos para jugar y agarrarme a golpes con los otros niños. Me obligó a salir del cuarto, a saludar a la gente como si nada hubiera pasado. Me senté en la arena con los ojos puestos en mi comida; veía de reojo a las niñas, a Sharom y Emoj que comían mientras hablaban. Luego Majin me preguntó si quería jugo de piña. Pensé que iba a estar enojada conmigo porque le había pegado a su hijo, pero no lo estaba. A todos se les había olvidado la pelea; sonreían como si no tuvieran cerebro mientras yo repetía en mi cabeza: huevo de murciélago, huevo de murciélago, huevo de murciélago.

Los hombres se fueron a cazar. El papá de las tres niñas iba adelante con Sharom que seguro le estaba contando cómo había cazado al mono o al jabalí; ya no hablaba de otra cosa. Mi mamá, la mamá de las niñas y ellas tres se fueron a coger frutas. Nipa convenció a mi mamá de que me dejara quedar con ella arreglando los kahrimes. Después de que se fueron yo le di las gracias muchas veces; lo último que quería en ese momento era tener que hablar con ellas.

Majin había bebido mucho vino de palma en la noche y tenía resaca; entonces después del desayuno volvió a acostarse en su

colcha con mi hermanito al lado. Nipa y yo nos sentamos en la orilla del río con la olla de la sopa vacía en medio de nosotras. Cada una tenía su cuchillo. Mientras hablábamos le raspábamos las escamas a los kahrimes hasta que no quedara ninguna; luego les rajábamos el estómago y les arrancábamos las tripas. Las cabezas las echábamos enteras a la olla y el resto lo partíamos en trocitos. Le conté que Sharom me había dicho abi cret, que se burló de mis dedos y que por eso habíamos peleado. Ella me dijo que no tenía por qué avergonzarme de mis pies, que los hombres a veces son brutos y no piensan lo que dicen. Me sentí mejor hablando con Nipa. Antes de irnos de Muhmaj no éramos muy cercanas, pero en el viaje nos hicimos amigas. Cuando estábamos terminando de arreglar los kahrimes me dijo que tomara mucha agua para que no me enfermara. A veces pienso que en ese momento ella ya sabía que yo estaba embarazada y no me dijo nada porque si lo hacía tendría que contarle a mi mamá; creo que prefería que ella se enterara por su cuenta. Nipa se quedó revolviendo la sopa y me dijo que si quería podía nadar en el río, ya no quedaba mucho por hacer.

Respiré profundo y me metí por completo en el agua. Cerré los ojos, estiré las piernas y los brazos. Me quedé quieta flotando bocabajo con los pulmones llenos de aire y los rayos del sol calentándome la espalda. Oía el sonido del río bajo el agua y sentía mi

pelo suave que se movía en ondas sobre mis brazos. De repente sentí que me abrazaban, me sentí amada. Vi muchas burbujas formándose en mi estómago y entre las burbujas reconocí las manitas de mi bebé dentro de mi cuerpo. Inhalé por la boca y abrí los ojos de golpe como cuando uno se despierta de una pesadilla. Tragué agua y empecé a toser sin parar, dándole la espalda a la orilla en la que estaban las balsas. Lloraba desesperada golpeando el agua, ahogando los gritos en el fondo del río.

Sabía que las mujeres se embarazaban cuando los hombres las montaban, pero Rakib solo me había montado dos veces, solo dos. No pensé que fuera tan rápido ni tan fácil. Mi mamá quedó embarazada de mí mucho después de haberse casado; Nipa nunca pudo embarazarse y eso que probó muchas cosas. Me acuerdo que se untaba su sangre en la barriga; mi mamá le hacía un bebedizo que olía horrible y yo le masajéaba los pies con un aceite especial que ayuda a las mujeres a quedar embarazadas, pero ella nunca pudo.

Cuando estuve más tranquila hice cuentas: Rakib me había montado hace más o menos un mes, entonces tenía casi un mes de embarazo. Después supe que era por eso que no me había salido sangre. Un mes y medio sin sangrar, dos semanas de retraso, ¿cómo pude ser tan tonta? Luego pensé en las náuseas, en los mareos; y yo que creía que me daban por hacerme la enferma. Si hubiera sabido

que estaba embarazada me habría quedado en Muhmaj con Rakib. Tenía mucho miedo; por un momento imaginé que me dejarían sola en la selva. Una mujer de río que se deja montar antes de casarse se vuelve indigna; no sé bien qué quiere decir esa palabra pero ningún hombre se casa con una mujer indigna. Eso no era lo peor; si una mujer de río engaña a su hombre la echan de la comunidad. A una amiga de Nipa le pasó. Una tarde se reunieron las vecinas en nuestra balsa. Yo estaba limpiando el cuarto de mi mamá y las oí hablar. Nipa se enteró de que a su amiga, que no veía hace muchos años, la habían echado por ser infiel. La amiga de Nipa vivía en una parte del río que está muy lejos de Muhmaj, pero la noticia no se demoró en llegar; aquí los rumores corren más rápido que la corriente del río.

Las mujeres llegaron cargando algunos talegos con frutas. Las saludé desde el río moviendo los brazos y mi mamá me hizo señas de que me saliera del agua. Yo no quería, pensaba que no podría mirarla a cara sin llorar. Me acaricié la barriga, no estaba abultada. Le pedí a Bithar que me diera fuerzas para no llorar. Me acerqué a la orilla en cuclillas y apenas me levanté escurrí mi túnica y caminé jorobada hacía donde estaba mi mamá. Ella me besó la frente y me dio un mango, el más maduro que encontró. Ya no estaba enojada conmigo.

Más tarde llegaron los hombres, no habían podido cazar nada y estaban desanimados; todos menos Emoj, que no podía esconder la

sonrisa cuando Nehmul nos contaba cómo se les había escapado un mono. No teníamos reservas suficientes para el resto del viaje entonces decidieron que nos quedaríamos un par de días más en Nariet. Nipa sirvió la comida; como los hombres no habían podido cazar solo nos dio sopa de kahrimes y dejó las frutas para el desayuno. Me senté lejos de mis papás. La hermana más chiquita se hizo a mí lado y empezó a hablarme de no sé qué cosas; no le puse atención porque no podía dejar de pensar en lo que pasaría si estaba embarazada. Sharom se sentó al lado de la niña del medio; no me importó en ese momento, sentía demasiada culpa y miedo como para tener rabia. Menos mal esa noche nadie estaba de ánimo para cantar o beber vino de palma y se fueron a dormir apenas terminamos de cenar.

Me quedé sola en la orilla del río esperando a que mis papás se durmieran. Intentaba tranquilizarme pensando que tal vez no estaba embarazada, que las manitas que vi eran las de un espíritu. Bithar, te lo pido, por favor, qué no esté embarazada; y si lo estoy haz que desaparezca. Cogí una piedra plana y me dije que si la hacía saltar en la superficie del agua era porque no estaba embarazada. Besé la piedra. Por favor te lo ruego. Con el codo mirando hacia abajo y el antebrazo horizontal moví de atrás hacia adelante la piedra plana, intentando que estuviera lo más recta posible; así me lo enseñó mi

papá, él le decía: el efecto. Uno, dos, tres y la tiré al agua. La piedra se hundió. Hice trampa y dije que ese tiro no valía porque era el de ensayo y que haría tres tiros en total para que fuera más justo. Uno, dos, tres; uno, dos, tres; uno, dos, tres; solo hice saltar una de las tres piedras. Cambié las reglas: si la piedra no saltaba era porque no estaba embarazada. La tiré sin el efecto con todas mis fuerzas. La piedra se hundió salpicando agua.

Me senté en la arena mirando hacia el río. Quería ver a Rakib, abrazarlo, decirle que íbamos a ser papás. Me imaginaba la reacción de mis papás; yo sería la desilusión más grande de sus vidas, nadie quiere tener una hija indigna. Nadie se enamora ni se casa con una mujer indigna. ¿Y qué iba a decir Emoj?, ya no iba a querer ser mi amigo. Me iba a quedar sola para toda la vida. Apoyé la frente en mis rodillas enterrando los nudillos en mi cabeza, quería amanecer muerta.

Mi mamá me despertó en la mañana, no encontraban a Sharom. Nadie sabía en dónde estaba. De repente apareció cargando dos monos, uno en cada hombro. Apenas lo vio, Emoj corrió a abrazarlo. Estaba tan feliz de ver a su hermano que no pensó en los monos hasta que se dio cuenta de que le estaban cayendo gotas tibias de sangre en los brazos y fue a bañarse en el río. Sharom tiró los monos al suelo y abrazó a Majin mientras ella lo regañaba por haberse ido sin avisar. Después de Majin, era mi turno de abrazarlo. No quería untarme de

sangre pero tampoco quería llamar la atención. Se supone que los novios y los esposos se tienen que amar; estoy segura de que si yo no lo hubiera abrazado mis papás y los de Sharom se hubieran enfadado conmigo; a Sharom probablemente le hubiera dado lo mismo. Se sentía horrible tener que hacerme la enamorada cuando estaba preocupada pensando en qué haría si tenía al bebé de otro hombre en la barriga.

CAPÍTULO VII

Emoj estaba tocando el gahdi sin ganas; casi no soplabla y se demoraba en pasar de una nota a la otra. Estaba triste; yo también lo estaría. Me dijo que sus papás querían más a su hermano. No creo que lo quisieran más, pero sí lo preferían. Cada vez que Sharom cazaba o cogía un kahrimé hacían un escándalo. Decían que era muy fuerte y valiente; en cambio de Emoj no decían nada. Cuando los dos trabajaban cobrándole a los niños por ver a Nehmul contar chistes, a Emoj casi siempre le decían que le pagarían después y a él le deba vergüenza insistirles, sobre todo a las niñas. Nadie lo tomaba en serio. Nehmul le decía que imitara a Sharom, pero por más que lo intentaba siempre recogía menos dinero que él.

Esa vez en Nariet el problema fueron los dos monos. Los adultos no paraban de felicitar a Sharom, entonces Emoj se puso triste. Me pidió que lo acompañara a las piedras; no quería estar cerca de sus papás. Me dijo, con el gahdi apoyado en las rodillas, que le gustaría ser un animal para no tener que trabajar. Yo le respondí que los animales sí trabajan y por eso es que hay nidos y hormigueros, pero luego pensé que los karihmes solo nadan en el río; no trabajan solo viven.

En la noche asaron los monos. Viajábamos al día siguiente así que esa era la cena de despedida. Las tres niñas y sus papas no se irían con nosotros porque iban a reunirse con otra familia en Nariet. De la fogata salía mucho humo y un olor fuerte a carne chamuscada. Yo me senté más lejos que el resto porque estaba cargando a mi hermanito y el humo lo hacía toser. De repente vi que Emoj salió de su balsa con el gahdi entre las manos. Se sentó como lo hacen los encantadores y empezó a tocar, nota tras otra, pedazos de la melodía que yo le había enseñado. Se equivocó varias veces y solo tocó los fragmentos más sencillos, pero de todas formas lo hacía demasiado bien para alguien que no había tenido ayuda. Todos lo miraban con asombro; todos menos mi mamá, que me estaba viendo a mí. Reconocí la ira en sus ojos. Abracé a mi hermanito mientras me llenaba de miedo; sentía las orejas calientes y mi corazón latía cada vez más rápido.

Mi mamá se arrodilló frente a Emoj. Con las palmas en el aire dijo que él tenía magia, que iba a ser el mejor encantador de serpientes del Atim, que a ella se lo había dicho Bithar en un sueño. Sharom lo abrazó mientras él les explicaba que había aprendido solo, oyendo los sonidos que salían con cada posición de sus dedos. Después de hablar un rato sobre nuestros antepasados encantadores, mi mamá me pidió que la acompañara a acostar a mi hermanito. Caminamos hasta nuestra balsa en silencio. Cuando entramos en la carpa ella acostó a

mi hermanito sin decirme nada; tampoco me miraba. De repente se volteó hacia mí y me dijo que ella no era tonta, que yo no estaba enferma sino embarazada. Se acercaba a mí mientras hablaba cada vez más alto diciendo que Enoj no había aprendido a tocar el gahdi solo, que yo le había enseñado. ¿Cuál encantador te dejó preñada?, ¿el del parque o el del callejón? No pude aguantar las lágrimas. Me llamó indigna mientras movía los brazos tan cerca mío que pensé que me iba a pegar, pero no lo hizo. No pude decirle mentiras, le conté todo: Rakib, la sangre, el embarazo, todo. Ella miraba hacía todas partes con los ojos aguados e intentaba hablar pero le temblaba la voz. Empezó a halarse el pelo hasta que el pañuelo con el que lo sujetaba le quedó en las manos; lo rasgó con fuerza en dos partes. Me dijo mientras se secaba las lágrimas que me iba a quedar sola; cuando Nehmul y Majin se dieran cuenta de que había engañado a Sharom se lo dirían a todos los del río y me echarían.

El regaño duró un rato largo. Cuando terminó mi mamá se fue diciendo que yo no iba a comer esa noche. Me senté en mi colcha y lloré tanto que se me tapó la nariz y tenía que respirar por la boca. Fue algo que me dijo mi mamá o la forma como me miraba lo que hizo que ese día, por primera vez, sintiera asco de mí misma. Ella tenía razón, las otras niñas no se dejan montar antes de estar casadas; las otras niñas no se dejan tocar los tetos ni hacer todas las cosas que yo

me dejé hacer. Sentía que los había decepcionado a todos, que no había una peor hija que yo. También tenía mucha rabia con Emoj. Nehmul le había dicho en Muhmaj que cuando llegáramos a Koef iba a buscar un encantador que le enseñara a tocar el gahdi y él me prometió que en las primeras clases no le iba a mostrar las notas que le enseñé para que el encantador pensara que no sabía nada. Quería salir de mi cuarto y decirle que era un estúpido y pellizcarle el brazo hasta que le salieran morados. Con los días la rabia se me fue pasando; no hay nada peor que sentir que los papás no lo quieren a uno y aunque Emoj no me lo dijo, sabía que él tocó el gahdi para que le dijeran algo bonito.

Después de unas horas llegaron mis papás y Nipa. Sentí el olor a vino de palma desde mi cuarto. Habían bebido mucho. Fueron directo al cuarto de mi mamá y Nipa se fue al suyo; yo no me atreví a salir. En la mañana la balsa empezó a moverse, nos estábamos yendo de Nariet. Sentí alivio de que no me hubieran llamado para despedirme de las niñas y de sus papás. Más tarde mi mamá entró en mi cuarto con unas bolitas de arroz, agua y unas rodajas de piña. No se acercó a mí, solo puso la comida en el suelo. Me dijo, con su cara seria, que me quedara en mi cuarto porque mi papá no quería verme. Sentí vergüenza; no quería que él se enterara.

Más tarde llegó Nipa con paños de agua para que yo me limpiara el cuerpo; ella también lo sabía. Me contó susurrando que en la noche, cuando todos se fueron a dormir a sus balsas, mi mamá les pidió que caminaran con ella por la orilla del río y cuando estaban lejos se los dijo. Mi papá se tiró al suelo mientras le pedía a Bithar que me perdonara. Lo imaginé llorando de rodillas y una lágrima rodó por mi mejilla.

Odiaba a mi bebé, quería que se muriera y pensaba que lo mismo les pasaba a mis papás conmigo. Me acosté bocabajo con los puños hundidos en la barriga y me daba golpes de vez en cuando. Por la noche amarraron la balsa. Mi mamá me dijo que me quedara dentro de la carpa mientras ellos comían en la orilla. Después me dio comida y se llevó la vasija con mis orines. Volvió unas horas más tarde; se sentó junto a mí y me dijo que nadie más podía enterarse, que faltaba mucho para que se me notara el embarazo y cuando eso pasara ya estaríamos en Koef. Allá ella podría comprar las hierbas y semillas que necesitaba para preparar un bebedizo que me quitara el embarazo.

CAPÍTULO XIII

Nos alejábamos de la selva impulsados por la corriente del río que cada día era menos fuerte. Veía a lo lejos un árbol; después cerraba los ojos y los abría cuando creía que estábamos pasando junto a él, pero el árbol seguía estando lejos. El tiempo estaba pasando muy lento y yo me aburría muchísimo sentada en la balsa todo el día. El calor se volvió insoportable. A mi mamá y a mí nos tocaba turnarnos para ponerle a mi hermanito paños de agua en la frente. Yo no podía quejarme; ya era suficiente con haberme embarazado como para poner más problema. Tenía que aguantarme los mareos y el sofoco callada.

Majin se desmayó al segundo día de salir de Nariet; decía que el calor la estaba matando. De ahí en adelante el calor se volvió mi excusa para todo. Le decía a Emej que no podía jugar con él porque el calor me tenía mareada y prefería quedarme acostada en mi colcha; si me preguntaban, no estaba triste, era el calor que me ponía de mal humor.

Mi mamá todavía estaba brava y de vez en cuando hacía comentarios que me ponían triste, pero también me preguntaba si estaba bien y me guardaba los mangos más dulces. Era con mi papá

que las cosas estaban peor; no me hablaba. Un día mientras él cogía Kahrimes me pidió que le trajera algo de comer. Yo le hice lentejas con arroz y le puse unas hojas de menta a un lado para que la comida oliera más rico. Cuando le pasé el plato no me dijo nada, ni me miró. Estiró el brazo dándome la espalda, con sus ojos fijos en el río. Me tragué las lágrimas mientras caminaba de vuelta a la cocina. Pensaba que yo solo lo fastidiaba, que nada de mí le gustaba. Prefería estar dentro de la carpa para no tenerlo cerca.

Quería más que nunca devolver el tiempo; devolverlo mucho antes de haber conocido a Rakib. Soñaba con tener otra vez ocho años y aprender a preparar las berenjenas como a mi papá le gustan; memorizarme cada uno de los dioses de los que él hablaba; hacerle caso siempre, nunca responderle feo y levantarme en la madrugada para sentarme junto a él mientras cogía Kahrimes. Pero no había hecho ninguna de esas cosas y no sabía qué hacer para que mi papá me volviera a querer.

Mientras hacíamos la cena, Nipa me dijo que mi papá nunca me había dejado de querer, que él estaba pasando por un momento difícil y necesitaba estar solo. Dijo que lo que yo había echo le hacía sentir mucha vergüenza y dolor y me repitió varias veces que nadie sufre más que un padre por sus hijos. Ahora me acuerdo de eso con rabia. Fueron muchos los días en que no me habló, muchos días de rechazo,

de no sentirme a su altura. Por más dolor que sintiera mi papá no se podía comparar con la tristeza que yo sentía; con el asco con el que ahora me miraba en el espejo y la culpa que no me dejaba dormir. No, a él no le dolía más que a mí. No hay nada que duela más que no sentirse amado.

Pensaba mucho en morirme. A veces, cuando mi papá no dormía con Nipa, ella me susurraba desde su colcha que todo iba a estar bien, que intentara dormirme. Me tranquilizaba. También me quedaba Emoj; cuando se me pasó la rabia volvió a ser mi mejor amigo. Me hacía muy feliz oírlo tocar el gahdi y aunque intentaba no hacerlo, no me aguantaba las ganas de enseñarle. Sin que nadie se diera cuenta le decía que soplara más fuerte, menos fuerte, que pusiera el dedo del medio en el hueco de abajo, en el de arriba.

Una noche quedamos de vernos cuando todos estuvieran dormidos, debajo de una lomita que estaba bien lejos de la orilla. Llegué antes que él. Estaba tratando de encontrar a un sapo que llevaba muchísimo tiempo haciendo ruidos cuando llegó Emoj corriendo con el gahdi. Pasé casi dos horas tocando y enseñándole un pedazo de una canción que se llama *La balsa de plumas*. Emoj solo podía tocar las notas más fáciles; pero había mejorado y eso me hacía feliz. Sé que algún día va a ser de los mejores encantadores del Atim; sobre todo después de que le crezcan las manos, todavía tiene los dedos muy chiquitos.

CAPÍTULO IX

Los kahrimes me estaban picando los pies, seguro ellos también tenían hambre. Fui a mi cuarto por un poco de arroz que había escondido detrás de unos cojines y lo eché en el agua; empezaron a saltar y no dejaron un solo grano. Cuando los kahrimes están muy chiquitos mi papá los devuelve al agua porque dice que es mejor esperar a que crezcan para que tengan más carne y ahí sí matarlos. Deben odiar crecer. Nadie debería tener que crecer ni embarazarse.

Me llevé una manotada de arroz a la boca para calmar el hambre y después de masticar un rato la escupí al agua. Los kahrimes volvieron a saltar emocionados. Me dolía la barriga; llevaba dos días comiendo solo pedacitos de comida para disimular. No quería comer porque pensaba que si yo no comía mi bebé se iba a morir de hambre. A veces me daba mucho pesar. Me lo imaginaba chiquitico chiquitico tratando de encontrar algo de comida en mi estómago.

Ese mismo día, en la noche, mi mamá se dio cuenta de que no estaba comiendo. Pensaba que me estaba cayendo mal la comida. Cuando ella estaba embarazada de mi hermanito le daba náuseas la piña. Le conté mis planes esperando un regaño pero me dio un abrazo

largo; el primero que me daba desde que se enteró de mi embarazo, hacía casi dos semanas. Sentí que ya no estaba sola. Le expliqué que no quería esperar hasta Koef, que tenía mucho miedo de no encontrar las hierbas y las semillas que necesitaba. Ella me dijo que no podía dejar de comer porque era peligroso para mí. Me aseguró que iba a estar bien; que ella se iba a encargar de todo.

Había pasado más de un mes desde que salimos de Nariet y aún no llegábamos a Koef. Cuando yo tenía 4 años mis papás viajaron por esa zona y se demoraron tres semanas desde Nariet a Koef; pensaban que íbamos a tardar eso, pero el Atim ya no era el mismo. La corriente del río estaba tan lenta que apenas movía las hojas secas que caían de los árboles. El río se estaba secando y volviendo más angosto; a veces encontrábamos kahrimes muertos en la orilla. Los adultos decían que ese era el verano más caliente y seco que habían vivido.

Tenía casi tres meses de embarazo y ya se me estaba abultando la barriga. No la tenía tan hinchada como para que otros la notaran, pero yo la veía diferente. Mi mamá tenía miedo de que tardáramos demasiado en llegar a Koef, entonces hizo una infusión para quitarme el embarazo. No era la misma que le daba a sus clientas porque le faltaban algunas hierbas y las semillas. Majin tampoco las tenía; mi mamá le preguntó por ellas con la excusa de que iba a hacer una

poción para el calor. Usó toda la cúrcuma y la mirra que teníamos y preparó la infusión en la olla en la que Nipa hace las sopas. Me dijo que bebiera un poco en la noche y que al día siguiente me podía tomar el resto a lo largo del día. Debía sentir algo en la barriga. Al principio no sentí nada entonces seguí bebiendo hasta que me acabé todo.

El sabor era amargo y muy fuerte; yo estaba tan emocionada que no me importó. Intenté acostarme pero como había bebido tanto, me daban arcadas. Estuve un poco más de media hora sentada en mi colcha cuando empecé a sentir que se me revolvía el estómago. Al rato me dio un retorcijón. Salí de la balsa y caminé por el pasto seco alejándome de la orilla. Los retorcijones se hicieron más fuertes y me tiraron al suelo del dolor. Empecé a sudar jadeando. Quería gritar pero me daba miedo que me oyeran en la balsa de Sharom. Recuerdo estar de cuclillas llorando, agarrada de una mata para aguantar el dolor. Estuve allí tal vez media hora, yo sentí que fueron dos. Tenía la túnica empapada de sudor cuando empezó la diarrea.

Después de un rato intenté pararme para caminar hacia la balsa pero no podía ponerme erguida; el dolor era demasiado intenso. Caminé en cuclillas, casi arrastrándome. No me limpié en el río. Entré en la balsa untando todo a mi alrededor. Llamé a mi mamá desde el suelo y en menos de un minuto ya me habían acostado en una manta sobre los tablones de la cocina. Tenía el pelo mojado de sudor y me

sentía agotada. Nipa me ponía paños de agua en la frente y mi mamá me masajeara el estómago haciendo círculos. Después me limpiaron el cuerpo y mi papá me llevó cargada hasta mi colcha. Tenía los ojos cerrados cuando sentí su mano áspera en mi mejilla. ¿Ya salió? Papá, ¿ya salió el bebé?

Me dijo que no había sangrado; la infusión no sirvió. Empecé a golpear la colcha con desespero hasta que mi mamá me cogió los brazos. Estuvo un rato largo calmándome el llanto. Me quedé dormida en la madrugada y mi mamá me despertó unas horas más tarde para que comiera algo. No tenía hambre. Ella trataba de animarme y me decía que ya no faltaba mucho para llegar a Koef. Yo no le respondía. No quería hablar ni comer ni bañarme. Me había ilusionado mucho; no estaba preparada para que no funcionara. Pensaba que no había salida, nunca íbamos a conseguir las hierbas que mi mamá necesitaba. A los dos lados del río solo había árboles secos y pasto amarillo. Si le hubiera dicho la verdad a mi mamá antes, ella habría buscado las hierbas en Nariet; allá seguro habían. Tenía mucha rabia conmigo misma. Odio.

Mi mamá estaba muy preocupada de verme tan triste. Entraba y salía del cuarto con comida que yo me negaba a comer. Así estuve un par de días hasta que a ella se le ocurrió una mentira para esconder mi embarazo del todo. Mi papá y Nipa no parecían muy convencidos

pero terminaron aceptando. Desde ese día lo que yo tenía en la barriga no era un bebé, eran nerunos; que se me metieron por el ombligo como le pasó a la mamá de Rakib. Los nerunos hacen crecer la barriga igual que los bebés; pero los bebés nacen, los nerunos matan.

CAPÍTULO X

En la familia de Sharom todos estaban preocupados por mi enfermedad. Emoj pasaba horas en mi cuarto tocándome el gahdi; Majin me hacía dulces y Nehmul me preguntaba todos los días cómo había amanecido. Sharom parecía otra persona; me hacía visita y me daba masajes en la espalda y en los pies. Fue por esos días que me dio por primera vez un beso. No me pasó como con Rakib que quería seguir besándolo. Era raro. Sacaba la lengua y la movía por todos lados; no paraba ni para respirar. Pero tener su atención no estaba del todo mal. Me gustaba cuando me acariciaba los brazos y las cejas para que me quedara dormida.

Un día, mientras avanzábamos por el río llegamos a un lugar muy bonito donde el agua se represaba formando una especie de lago. Había algunos árboles y caléndulas con sus flores amarillas y naranjas. Aunque el pasto seguía estando seco, era menos amarillo, más verde. Los adultos decidieron pasar el día allí para descansar. Me senté bajo la sombra de un árbol y cerré los ojos mientras respiraba el aire fresco. Al poco tiempo Sharom se sentó a mi lado y me dio un elefante que él había hecho tallando poco a poco la madera. Me dijo que yo era grande y fuerte como un elefante, que no se me olvidara.

Me gustaba tener la atención de las dos familias. Me hacía sentir querida. No me sentía bien engañando a la familia de Sharom, pero había hablado tantas veces de mis nerunos que cada vez pensaba menos en que eran una mentira. También estaba pensando menos en Rakib. A veces me lo imaginaba besando a otra mujer y me daba rabia. Quería contarle todo por lo que yo estaba pasando.

El sol caía cuando vimos la primera balsa. Empezamos a gritar y a abrazarnos de emoción. La familia que estaba en la balsa también nos saludó con gritos. Por fin, después de tanto navegar, habíamos llegado a Koef. Mientras avanzábamos por el río veíamos más balsas. Apenas nos orillamos mis papás se fueron a saludar y a ver si se encontraban a algún conocido.

Koef era más pequeño que Mujmad. Las casas tenían muchos colores; la más grande era azul con ventanas rosadas y puerta amarilla. La pintura de casi todas las casas estaba gastada; se veían viejas, como abandonadas. Las calles eran estrechas y arenosas. Cuando la gente caminaba levantaba un polvo amarillo que se revolvía con el aire. La plaza no era muy grande y ya había una curandera trabajando allí entonces mi mamá prefirió buscar otro lugar. Al día siguiente de nuestra llegada a Koef empezó a trabajar en una calle frente al mercado. Yo no fui con ella. Se suponía que estaba muy

enferma; la gente con nerunos se pone tan mal que a veces ni pueden caminar.

Los primeros dos días mi mamá no consiguió ni un solo cliente. Creo que el problema era que como en Muhmaj le habían roto las botellas con los ungüentos, las cartas y el resto de cosas que ella ponía en el suelo, ahora se veía menos como una curandera. Tampoco me tenía a mí, yo era buena para conseguir clientes. Mi papá también encontró trabajo ayudando a construir una casa. Pasaba el día allá y en la noche cogía kahrimas; dormía muy poco. Nehmul estaba trabajando contando cuentos y chistes en la plaza. Mi mamá decía que desde el mercado se oía la risa de la gente. Se empujaban para oírlo; en solo una semana ya era famoso en el pueblo.

Pasó la primera semana y yo todavía no me acostumbraba al encierro. Tenía que estar todo el día derritiéndome en la carpa porque mi mamá decía que entre menos me viera otra gente mejor. Me aburría mucho durante el día. Enoj y Sharom se iban a trabajar con Nehmul, entonces ya no me podían visitar tanto como antes.

Por las noches, después de que mi papá terminaba de coger kahrimas y todos estaban dormidos me metía al río y me acostaba en los tablones de la balsa sin preocuparme porque la tela mojada se me pegara al cuerpo. La única luz era la de la luna y no tenía que andar escondiéndome. Lo más horrible era mi nueva túnica. Me la había

hecho Nipa con una tela negra y gruesa que guardaba para reparar el techo de la balsa. Odiaba esa túnica pero me tocaba usarla. El problema no era la barriga; tenía un poco más de tres meses de embarazo y también me habían crecido las tetas y la cadera y los nerunos no hacen eso.

A los nueve días de estar en Koef mi mamá me dio el bebedizo para acabar con mi embarazo. Me lo tomé en la noche para que nadie nos interrumpiera. Nipa puso una manta en la cocina que es la única parte de la balsa en donde cabemos los cuatro y todos nos sentamos en el suelo esperando a que el bebedizo hiciera efecto. Tenía miedo porque mi mamá me había dicho que el dolor podía ser muy fuerte. Mi papá estaba callado mirando fijamente a mi mamá que me contaba la historia de una mujer que acabó con su embarazo de 5 meses después de tomar el bebedizo que yo había bebido. Cuando acabó con esa historia, me contó la de otra señora embarazada de gemelos. Mi mamá no paraba de hablar y Nipa no se quedaba quieta; primero nos trajo agua, después té y luego otra vez agua.

No había pasado mucho tiempo cuando empecé a sentir náuseas. Estaba sentada y aún así perdía el equilibrio; el torso se me iba para adelante, para los lados. No tenía control de mi cuerpo. Los tablonces de la balsa se movían; todo a mi alrededor se movía. Mis papas trataban de tranquilizarme. Oía sus voces pero cada vez eran más

difusas. Intentaba mantener los ojos abiertos pero se me caían los párpados. Me obligaba a abrirlos empujando con las manos las cejas hacía arriba. De repente vi los dedos de mis pies más unidos que nunca, no podía diferenciarlos. Levanté la cabeza y no pude reconocer quién era quién; solo veía siluetas. Sentí mucho miedo. Pensé que me estaba quedando ciega. Después de eso no me acuerdo de mucho más; solo de sentir que me echaban agua y de oír a mi hermanito llorando.

Me desperté mojada y oliendo a vómito. Mis papás estaban llorando y Nipa rezaba con sus dos manos puestas en mi cabeza. Tardé un rato en entender qué estaba pasando. Apenas estuve consiente pregunté, con las pocas fuerzas que tenía, si el bebedizo había funcionado. Se quedaron callados unos segundos y mi mamá me dijo que no había sangrado. Quería gritar y golpearlo todo, pero estaba tan débil que ni siquiera podía levantar los brazos.

Después de eso estuve diez o más días muy enferma. Tenía mucha fiebre. Los primeros días no podía pararme de la colcha sola y la comida me hacía vomitar. Me puse muy flaca. Enoj estaba impresionado porque podía juntar los dedos cuando me cogía la muñeca. Mi mamá dejó de trabajar y se quedó con Nipa cuidándome. Majin también iba de vez en cuando a rezarme; le pedía a los nerunos que se fueran de mi cuerpo. Cuando ya estaba mejor, mi mamá me

contó que pensó que me iba a morir el día que me tomé el bebedizo.

Dijo que mi corazón a veces se aceleraba y otras se ponía lento.

CAPÍTULO XI

Me despertó la sed. Tenía la boca seca con un sabor amargo. Habían pasado seis días desde la noche que me tomé el bebedizo y me sentía con más fuerzas para caminar. Fui a la cocina por agua y después salí de la carpa y me senté en los tablones de la balsa. Era la primera vez que salía de mi cuarto desde la noche en que me tomé el bebedizo. Nipa me oyó caminar y salió detrás de mí. Me dijo que volviera a mi colcha, que todavía estaba muy débil y necesitaba dormir. Le pedí que me dejara estar afuera un rato. Necesitaba aire.

Se sentó junto a mí y empezó a bostezar, se le cerraban los ojos y la cabeza se le venía hacía adelante. Le dije que se fuera a dormir tranquila, que no me tenía que cuidar. Le prometí que solo iba a estar unos minutos más. Me acarició el hombro y se fue bostezando.

Estuve un rato sentada mirando el río y después empecé a meterme poco a poco. Cuando el agua me llegó a las rodillas oí el viento que movía las ramas de los árboles. Lo oía cada vez con más fuerza. Me hundí del todo en el agua y el sonido no se detuvo. Estaba amaneciendo y con la luz del sol pude ver que el agua a mi alrededor estaba roja. Sentí miedo y nadé hacia la orilla, pero el agua roja me seguía y cuando me salí del río vi que estaba completamente rojo. El

ruido del viento se hizo más claro y entendí que me estaba hablando. Mi hijo se despedía.

Cuando abrí los ojos me desperté en mi colcha. Mi papá me había encontrado tirada en la orilla. Nipa lloraba pidiéndoles perdón por haberme dejado sola. Mi mamá la miraba con rabia. Les dije que no estuvieran bravos que teníamos que estar felices porque yo había sangrado y ya no estaba embarazada. Les conté que me salió tanta sangre que el río se puso rojo. Los tres se quedaron cayados por unos segundos y después mi papá dijo que el río estaba del mismo color que siempre.

No sé si me creyeron. Siempre que le hablaba del tema a mi mamá me decía que no me hiciera muchas ilusiones. A veces me daba rabia porque sabía que si le hubiera pasado a ella entonces sí sería verdad y todos le creerían. Como estaba tanto tiempo sola pensaba mucho. Empecé a dudar de la magia de mi mamá. ¿Cómo es que tenía magia para unas cosas y para otras no? Casi me muero con el bebedizo que me dio, a cuántas de sus clientes no lesabría pasado lo mismo. Era muy buena diciendo mentiras; otra de las cosas que yo le había heredado. Pero no podía ser, me acordaba de la vez que revivió al encantador de serpientes en la plaza, yo lo vi; también la vi comunicarse con espíritus. Tal vez habían cosas que ella podía hacer y cosas que decidía Bihtar. De Bihtar también tenía dudas. Mis papás

decían que era el dios más poderoso, pero la gente del pueblo vivía mejor que nosotros y no creían en Bihtar, tenían otro dios; entonces por qué seguíamos pidiéndole cosas a Bihtar en vez de pedirle al otro. También pensaba en Dalini que es la que nos cuida a las mujeres pero dejó que yo me embarazara. Bueno, eso fue mi culpa, pero por ejemplo: ¿porqué hay gente que sufre tanto? Si yo fuera dios no dejaría que pasaran esas cosas. Luego me daba miedo andar dudando y le rogaba a Bihtar que me perdonara y le decía a Dalini que si me quitaba el embarazo se podía quedar con todo mi pelo.

Tampoco entendía, ni entiendo, porqué las mujeres no podemos tocar el gahdi si tenemos dedos y pulmones para soplar. ¿Quién dice qué hacemos las mujeres y que hacen los hombres? Un día que Emoj fue a visitarme le dije que me dejara el gahdi; que si sus papás le preguntaban dijera que se le había quedado. Nipa ya estaba acostada y mis papás estaban hablando en la cocina cuando empecé a tocarlo. Corrieron a mi cuarto y mi mamá intentó rapármelo. Me dijo que me veía como un hombre y yo le respondí que ojalá fuera hombre y ella me mandó un manotazo a la boca. Se llevó el gahdi y al otro día se lo dio a Emoj y le dijo que no lo volviera a llevar a la balsa. Me hizo pedirles disculpas; Nipa también estaba enojada. Un par de veces intenté hablar del gahdi con ellos pero terminábamos peleando. Está bien, yo sé que algún día voy a tener mi propio gahdi.

No volvimos a hablar de mi bebé por un tiempo. Cada vez que ponía el tema mi mamá me respondía que por ahora solo tenía que pensar en recuperarme, hasta que un día le pedí que intentáramos con otro bebedizo y ella dijo que no. Le daba miedo que volviera a pasar lo mismo o algo peor. Yo me tocaba la barriga pero no sentía nada; nunca había sentido a mi bebé moverse. A veces me tranquilizaba pensando en lo había pasado en el río pero no estaba del todo segura de que hubiera sido mi sangre lo que lo puso rojo.

CAPÍTULO XII

No puedo decir que me gustó estar enferma, pero fue por eso que mi papá me volvió a hablar. Una noche, cuando yo ya estaba mejor, se dio cuenta de que me salí de la balsa y se metió al río conmigo. Estaba contento viviendo en Koef; le gustaba su trabajo y decía que la gente del pueblo era amable con los hombres de río. Dijo que Nehmul y él habían hablado de ahorrar y comprar los materiales para hacer una casa algún día. Como mi papá ahora sabía de construcción y conocía gente que trabajaba en eso no lo veía tan difícil. Yo pensaba en qué pasaba si un hombre de río se iba a una casa, ¿dejaba de ser hombre de río?

Nos preparábamos para un nuevo viaje. Íbamos a Arden, el pueblo más grande del Atim y el lugar en el que nació Emoj, para regalar a mi bebé. Esta vez la familia de Sharom no venía con nosotros. Podríamos tardar muchos meses para volver a Koef y a Nehmul le estaba yendo muy bien en el pueblo. No se ofrecieron para viajar con nosotros; menos mal, o si no quién sabe que nos hubiera tocado inventar. Mi mamá y mi papá habían reunido un dinero y Nehmul les prestó el

resto para comprar comida, brea para las antorchas y todo lo que necesitábamos.

Majin me dio un brazalete para la buena suerte. Me dijo que Sharom me esperaría el tiempo que yo necesitara para recuperarme. La abracé; no quería despedirme. Siempre habíamos estado juntos; su balsa orillada junto a la nuestra. Sharom se veía muy triste; me pregunté si se estaría enamorando de mí pero luego pensé que no; al menos no de la forma como yo me había enamorado de Rakib.

No les dijimos que íbamos a Arden sino a otro lugar que quedaba mucho más lejos, en el que había un forastero famoso que curaba a la gente con nerunos. Tardaríamos cinco meses en llegar a Arden y siete más en la devuelta, que era más larga porque debíamos navegar por ríos afluentes al Atim.

Ahora estábamos solo los cinco: mis papás, mi hermanito, Nipa y yo. Por primera vez en mucho tiempo me sentí completamente cómoda. Pasaba casi todo el día sentada en los tablones de la balsa recibiendo el aire fresco. Esta región del Atim era menos seca. No hacía tanto calor y habían muchos árboles que tapaban el sol. A veces me daba miedo que nadie quisiera quedarse con mi bebé, pero no pensaba mucho en eso.

Nipa había comprado en Koef tres madejas de hilo de distintos colores y me estaba enseñando a tejer. Me di cuenta de que me

gustaba y aunque aún no sabía nada, Nipa dijo que era ágil con los dedos; era la misma facilidad que tenía con el gadhi. No me gustaba cocinar ni lo hacía bien, pero la costura me estaba gustando cada vez más y era algo que podía hacer para ganar dinero, mi propio dinero. A mis papás les gustó la idea y dijeron que cuando pudieran me iban a comprar más madejas. Mi mamá se emocionó tanto que se unió a las clases; entonces Nipa nos estaba enseñando a las dos. Era muy divertido porque como a mi mamá le encanta hablar, nos contaba muchas historias mientras repetíamos la misma puntada una y otra vez.

Una tarde mientras tejíamos mi mamá nos contó que se había comprometido con mi papá antes de conocerlo. Tenía ocho años y él diez. Nunca se habían visto porque vivían en regiones diferentes del Atim. Mi abuelo, el papá de mi papá, conocía a los papás de mi mamá y en una visita que les hizo los comprometieron. Cuando mi mamá tenía mi edad le empezaron a gustar los niños y pensaba mucho en mi papá. Se lo imaginaba alto y musculoso. Pasó mucho tiempo para que mis abuelos organizaran su encuentro. Mi mamá tenía dieciséis y mi papá dieciocho. Ella tenía ansias de conocerlo. Había hecho una poción para enamorarlo y se embadurnó todo el cuerpo. Mi abuela preparó judías rojas. Mi mamá solo se acuerda de eso porque a mi papá le

quedó un pedazo entre los dientes y ella no podía dejar de mirarlo cada que abría la boca.

Las dos familias se encontraron en la plaza y de ahí fueron a la balsa de la familia de mi mamá para comer. Cuando mi mamá vio de lejos a mi papá lo confundió con un niño de doce o trece años. Estaba muy desilusionada. Él era más bajo de estatura y más delgado que ella; todo lo contrario al hombre musculoso que se había imaginado. La cena fue muy incómoda; mi papá era muy tímido y casi no hablaba. Al día siguiente salieron solos a caminar por el pueblo y poco a poco se fue soltando. Dos semanas después de conocerse se casaron. Mi mamá no lo amaba; se enamoró de él varios meses después cuando ya vivían juntos. Dijo que fueron muchas cosas las que la enamoraron, como un libro que mi papá le regaló y que ella todavía tiene aunque ninguno de nosotros sabe leer.

La historia del libro empieza cuando mi mamá era una niña. Todos los días mi abuela la dejaba con mi bisabuela para que le enseñara a usar su magia y hacer pociones. Mi bisabuela ya estaba muy viejita y le daba sueño durante el día entonces le decía a mi mamá que mientras ella dormía, fuera al pueblo para ver lo que hacía la gente, lo que hablaban y sentían. Decía que una curandera tenía que ser la mejor observadora y tenía que conocer muy bien a las personas.

En una de sus observaciones mi mamá siguió a dos de hermanos que iban a la escuela. Se dio cuenta de que si se paraba encima de una piedra podía ver la clase desde la ventana. El primer día nadie la vio; pero al segundo día uno de los niños la señaló, ella salió corriendo y el profesor corrió tras ella gritándole que se podía quedar en la clase. Desde ese día mi mamá empezó a ir a la escuela sin pagar. Mis abuelos no confiaban en la gente del pueblo, entonces ella no le dijo a nadie. Alcanzó a ir por dos semanas. Le estaban enseñando a leer y a escribir hasta que un día mis abuelos encontraron un papel en el que mi mamá había repetido una y otra vez la misma letra. Ninguno de mis abuelos sabía leer y les daba miedo que ella terminara leyendo sobre los dioses de la gente del pueblo, entonces le prohibieron volver a la escuela.

A las pocas semanas de estar viviendo con mi papá, mi mamá le contó la historia y él le compró un libro que, según el vendedor, era de historias de amor. Pero como ninguno de nosotros sabe leer, no estamos seguros.

CAPÍTULO XIII

Me salió la línea de las embarazadas en la barriga. Era delgada como los caminitos que hacen las hormigas. Estaba recta; supe desde ese momento que era un niño. Después de unos días lo sentí moverse por primera vez. Tenía un poco más de cuatro meses de embarazo. Era de noche y estaba sola, acostada boca arriba en los tablones de la balsa. Me estaba quedando dormida cuando sentí que estallaban burbujas en mi barriga. Quería llamar a mis papás para que también la sintieran. Unos segundos después, el bebé dejó de moverse y yo seguí sujetando mi barriga emocionada esperando para volver a sentirlo.

Pasaron cuatro meses y mi barriga seguía creciendo. Me costaba quedarme dormida porque no lograba acomodarme. A veces sentía punzadas en el estómago pero no eran dolorosas. Me daba mucha hambre entonces Nipa me servía porciones más grandes. Ya no tenía los huesos marcados y la cara se me puso bonita. Me daba vergüenza comer tanto porque en mi casa la comida siempre había sido medida y no me quería acabar las reservas; pero mis papás y Nipa me decían que no pensara en eso, que teníamos dinero para comprar comida cuando llegáramos a Arden.

Una tarde, mientras avanzábamos con la corriente del agua, mi papá y yo vimos de lejos a un anciano sentado en un tronco grueso mirando hacia el río. Nos pareció extraño que estuviera solo, entonces orillamos la balsa para hablar con él. Tenía los ojos pequeños, la cara cubierta de arrugas y le quedaban muy pocos dientes. Traía una túnica parecida a la que usa mi papá, pero estaba sucia y tenía la espalda rasgada. Estaba débil como si llevara mucho tiempo sin comer. Le preguntamos en dónde estaba su familia pero solo respondía diciendo nombres de personas. Se veía angustiado entonces dejamos de hacerle preguntas y Nipa le trajo unos garbanzos para que recuperara la fuerza.

Yo le llevé una vasija con agua y cuando estuve frente a él, señaló mi barriga y sonrió. Yo le devolví la sonrisa. Antes de que él pudiera hacer cualquier pregunta, mi mamá le dijo que mi esposo se había muerto. Después el anciano abrió los ojos sorprendido y balbuceo algunas palabras; alcancé a entender que hablaba de mis pies. Los señalaba con los ojos bien abiertos como si fueran la cosa más rara que había visto en su vida. Me dio mucha rabia. Yo también hubiera podido señalarle la boca sin dientes pero no lo hice porque no me gusta hacer sentir mal a la gente.

Cuando terminó de comer lo acostamos en una colcha dentro de la carpa y encendimos una fogata mucho más grande que de costumbre

para ver si algún familiar del anciano veía el humo. Nos sentamos cerca al fuego y mientras comíamos nos preguntábamos de dónde venía el señor. Estaba oscureciendo. El cielo se puso morado, un morado intenso que jamás había visto. Estaba cargando a mi hermanito y dándole trocitos de futa que él se comía de a poquitos. Ya le habían crecido casi todos los dientes y le faltaba poco para empezar a caminar. Me gustaba sostenerlo por debajo de los brazos y ver como movía los pies como intentando dar pasos. A veces recordaba que yo no iba a poder ayudar a mi bebé a comer o a caminar y me sentía mal; pensaba que algún día me iba a odiar.

El anciano amaneció con más fuerzas. No sabía cómo había llegado hasta el lugar en el que estábamos; no recordaba el camino de vuelta. Mientras se comía su desayuno me empezó a hablar, pero yo no le entendía entonces solo sonreía. Hablaba con dificultad y se le salía la comida por las comisuras de los labios.

Después de desayunar mis papás se fueron a caminar para ver si encontraban a alguien que supiera en dónde estaba la familia del anciano. Se llevaron tres mochilas con comida por si les tocaba pasar la noche por fuera. Entre Nipa y yo bañamos al viejo y estuvimos todo el día dándole comida y agua. También dejamos el fuego encendido para que fuera más fácil encontrarnos.

Mis papás no volvieron sino hasta el día siguiente en la tarde. Llegaron con una mujer y dos hombres. La mujer y uno de los hombres eran hijos del anciano; el otro hombre era el esposo de la mujer. Lo estaban buscando cuando se encontraron con mis papás. El anciano se alegró mucho al verlos. Se dieron un abrazo largo. Estaban muy agradecidos con nosotros, no paraban de darnos las gracias. El viejo se había perdido la tarde anterior al día que lo encontramos. Pasó una noche completamente solo, caminando entre los árboles.

Para celebrar, cenamos juntos y los adultos bebieron vino de palma. Nipa estaba molesta porque mis papás habían invitado a la familia del anciano a comer sin consultárselo a ella primero. Me dijo mientras cocinábamos que no teníamos tanta comida como para andar alimentando a desconocidos.

En la mañana, con ayuda de los familiares del anciano, arrastramos la balsa adentrándola más a la orilla. Mi papá no quería que la balsa se quedara sola, pero al final aceptó hacerlo y todos fuimos a conocer el pueblo del anciano y su familia. Caminamos por varias horas hasta que llegamos a un valle con muchas flores moradas y algunos árboles. Había unas veinte casas de madera, cada una con su huerto, y una plaza donde la gente se reunía.

En la noche la familia del anciano organizó una fiesta en la plaza y la gente del pueblo llevó diferentes platos de comida. Sabían que

éramos los que habían encontrado al anciano y cuando nos veían nos abrazaban y nos ofrecían posada. Esa noche dormimos en donde la hija del anciano y en la mañana, después de despedirnos, caminamos hacia la balsa cargando mochilas repletas de comida y cosas que nos habían regalado. Llegamos cansados de cargar peso. Yo tenía el corazón acelerado y estaba sudando mucho.

En la noche, cuando terminamos de comer, sentí una punzada en el estómago; pero como todavía me faltaba un mes para que naciera mi bebé pensé que solo eran las punzaditas que me daban de vez en cuando. Me acosté en mi colcha y me quedé dormida. Me despertó otra punzada; esta vez mucho más fuerte. Grite del dolor y mis papás y Nipa entraron a mi cuarto. Había mojado la colcha, pero solo un poco; después me salió más agua. Pasaron un par de horas y las punzadas cada vez eran más seguidas e intensas. Mis papás me daban ánimo y me sostenían las manos mientras yo sudaba y jadeaba. Sentía que me desgarraba por dentro, el dolor más horrible que he sentido en toda mi vida. Pensé que no iba a poder soportarlo, que el dolor me iba a matar. Pujé, lloré y grité hasta que mi hijo salió de mi cuerpo.

El bebé empezó a llorar. Mis papás lo miraban horrorizados y lo primero en lo que pensé fue en sus pies; le habrán salido como los míos. Les pedí que me lo pasaran y mi mamá lo puso sobre mi pecho. Estaba untado de sangre por todos lados. Le cogí los piecitos y

mientras los limpiaba vi que tenía los dedos pegados como los míos. Luego le cogí las manos y se me salieron las lágrimas al darme cuenta de que eran igual que sus pies. Le pedí a Nipa que acercara la antorcha. Cuando tuve más luz vi que tenía unos cortes en la piel de las costillas y no tenía orejas. Lo abracé y sentí que se estaba ahogando. Su piel se puso azul y empezó a moverse como si estuviera convulsionando. Mi bebé estaba sufriendo, agonizando.

Con ayuda de mis papás caminé hasta la orilla del río. Abracé a mi bebé que se movía con fuerza de lado a lado. Me sequé las lágrimas, le besé la frente y lo eché al agua. Me sonrió. Se impulsó con sus pies y sus manos que eran aletas, respirando por su boca y sus costillas bajo el agua. Estuve un rato sentada en la orilla viendo cómo nadaba. Toqué la piel que une los dedos de mis pies, la misma que tiene mi bebé; abi kahime, dije en voz baja.